

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

Año II

✻

MADRID, VIERNES 15 FEBRERO 1918

✻

NÚM. 6

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA DINAMARCA

La revolución que en los países escandinavos había de introducir un cambio radical en las ideas, comienza, puede decirse, en Dinamarca. Antes del último tercio de siglo, en las literaturas de aquellos países predominaba el culto al pasado en ideas religiosas y sentimentales que pronto habían de abrir campo a los problemas de la vida actual. La religión, la moral, el estado, la sociedad y el individuo entran en una fase crítica, muy fecunda en cuanto a manifestaciones literarias. La guerra con Prusia, que hizo perder a Dinamarca el Slesvig, ocasionó un movimiento de aproximación a Europa, de corte de cuentas con el pasado de gloria nacional, cantado por los poetas, que con vanos fantasmas mecían el sueño del país. Algo semejante a lo que en España significó la generación de 1898, que todavía lucha y es discutida, fué en Dinamarca la que tuvo por guía y capitán a Jorge Brandes, uno de los más altos críticos de la Europa de hoy. El dió impulso no sólo a la literatura danesa sino a la noruega, últimamente unida a ella por los lazos del idioma; Bjornson e Ibsen le deben su celebridad en gran parte.

Antes de que surgiera Brandes, conmovió los espíritus en Dinamarca un pensador Sören Kierkegaard (1813-1855) que tuvo alma de reformador religioso y en su

obra capital "O lo uno o lo otro" proclamó la necesidad de un nuevo examen y dejó al lector el impulso de decidirse en la vida por el concepto estético, el moral o el religioso. Su individualismo tuvo fuerte influencia en las literaturas septentrionales, y, singularmente en Ibsen. Pero Brandes fué el verdadero hombre de acción.

Jorge Mauricio Cohen Brandes, de familia judía originaria de la península ibérica, nació en Copenhague el año 1842. Para completar sus estudios viajó en su mocedad por Francia, Inglaterra e Italia. El trato con hombres como Taine, Renan, Stuart Mill, la adhesión a las ideas de Darwin, fué madurando su espíritu e impulsándolo hacia el terreno en que había de fructificar. Desde 1871 explica en la Universidad de Copenhague: el tema de sus lecciones, "Corrientes directrices de la literatura en el siglo XIX", apasiona y atrae a las turbas estudiantiles. Los seis tomos de la obra nacida de aquellos cursos constituyen uno de los libros fundamentales para el estudio comparativo de las literaturas y son, en cierto modo, la obra capital de Brandes. Las ideas francesas del siglo XVIII, su paso a través del romanticismo alemán, su influencia en el lirismo inglés de revolucionarios como Byron y Shelley o como, a su manera, los

poetas de los lagos; el brote de todas estas influencias en el espléndido movimiento renovador de 1830—Victor Hugo, Lamartine, Balzac; el apuntar de las ideas nuevas, positivismo, naturalismo; las conquistas democráticas—todo esto aparece tratado con verdadera fuerza de evocación y examinado con penetrante juicio en la obra de Brandes. No bastó, sin embargo, para asegurarle la posición universitaria que pretendía. Tuvo enfrente a toda la literatura oficial que seguía diluyendo imperturbable los últimos azucarillos románticos, y a las clases establecidas, cuyo pietismo y tranquilidad se espantaron ante las audacias del que no sólo en el campo de la literatura, sino en religión, en política, en acción social, se les aparecía como un enemigo declarado. En literatura, al presentar a su país, como ejemplo para que lo siguiera, la vitalidad, el movimiento y variaciones de las principales literaturas de Europa, veíase obligado a establecer relaciones, a buscar afinidades y puntos de contacto, a ensanchar, en una palabra, los dominios de la literatura comparada. Como pensador, no hay que situarle entre los demócratas a cuyo lado combatió muchas veces, sino entre los individualistas, por su teoría de los grandes hombres, considerados como origen y fin de la civilización:—Ninguna idea grande nació jamás de las muchedumbres; unos cuantos hombres elegidos son los que dan impulso a la humanidad.

En 1877, cansado de luchar infructuosamente en su patria, que sólo más tarde había de abrirse a sus ideas, se trasladó a Berlín y escribió muchas obras en alemán, colaborando también asiduamente en el "Berliner Tageblatt". No regresó a su patria hasta el año 1883. Lo más importante de su labor consiste en una serie de estudios acerca de los grandes escritores de toda Europa, que publica ya sueltos, ya en colecciones como las tituladas "Espíritus modernos", "Hombres y obras de la literatura europea". Sus obras han aparecido luego simultáneamente en danés y en alemán. Son de primera importancia sus estudios acerca de Nietzsche, de quien es quizá el "descubridor"; de los dos grandes dramáticos noruegos, de Dos-

toyevski, de Shakespeare. Grandes fiestas y homenajes extraordinarios hicieronle en Copenhague cuando cumplió, en 1912, setenta años. El Rey mismo fué a honrar al viejo luchador, reconocido como una verdadera gloria nacional.

Eduardo Brandes, hermano suyo, tiene ante todo reputación de dramático; sus obras, en las que predominan el drama *Una visita* y la novela *El espejismo de la felicidad*, dan estudios de caracteres, en personajes tomados de la clase media, con intenciones satíricas y morales. Ha publicado asimismo interensantisimos estudios sobre los actores más notables de Europa. El teatro tiene en Dinamarca una tradición. El clásico nacional Holberg (1684-1754) dejó bellas comedias de costumbres, no sin reminiscencias molierescas. El poeta romántico Adán Oehlenschläger (1778-1850), llevó al teatro los dioses y los héroes de Escandinavia. (1) Modernamente, al lado de Brandes, aparece Holger Drachmann (1846-1908) en cuyos primeros versos alentaba un espíritu revolucionario, que con voces de protesta anima su obra posterior y del que puede servir de ejemplo—mostrando a la vez su naturalismo—la poesía titulada *Socialistas ingleses*. De su teatro en verso, la obra más conocida es *Völund el Herrero*, tomada de las leyendas septentrionales, pero simbólica en su alcance. Otras adaptan consejos populares como *La Princesa y la mitad del reino*. Se alaba la riqueza polifónica de su poesía. En sus versos y en novelas, el mar es fondo constante: "es el primer poeta danés,—dice un crítico—que ha sabido expresar la hermosura, la inmensidad del mar, y hasta su perfume salino".

Un novelista, Jens-Peter Jacobsen, (1847-1885) hizo por la prosa danesa lo que Flaubert por la de Francia. Dedicado en su juventud a las ciencias naturales, llevó el espíritu analítico a la literatura y realizó una honda labor de estilo. Dos novelas, *Maria Grubbe*, en 1876, y *Niels Lyhne*, de 1880, son lo capital de su producción, compuesta además, solamente, de

(1) No entran en este reducido cuadro nombres como los de estos autores, que son de otra época, pero, al citarlos, bueno será recordar al lado de ellos a Hans Christian Andersen (1805-1875) famoso en el mundo entero por sus cuentos infantiles.

algunas novelas cortas como *Un tiro en la niebla*, y unas cuantas exquisitas composiciones en verso, todas ellas breves. *María Grubbe*, que reconstituye un ambiente histórico del siglo XVII, está compuesta, como dice Brandes, "por el método de los pintores franceses que no consienten que su tela produzca encanto sólo por el conjunto, sino que, aun despedazada, cada uno de sus fragmentos conserva valor y contiene toda su hermosura". Pero en *Niels Lyhne*, dos veces traducido al francés, presenta su creación principal; un héroe de la familia de Werther, flotante entre la solitación de la vida y el gusto por el ensueño que sus antecedentes y sus costumbres familiares han forjado en él. Héroe desencantado de la generación que vino después de la guerra, se le considera en Dinamarca como un símbolo y a su autor como el psicológico más penetrante de aquella literatura.

Otros novelistas importantes aparecen en Dinamarca. Erik Skram (n. en 1847) de tendencias realistas, autor de una *Gertrudis Coldbjörnsen* en que se estudia el matrimonio sin amor, y de un libro *De fronteras acá*, relatos de guerra, con admirables paisajes del Slesvig, que se considera como su obra maestra. Sophus Schandorph (1836-1901) representa el humorismo y la alegría. La *Gente humilde* de su mejor novela es la que aparece siempre en sus libros. Ha cultivado también la poesía y el teatro. El premio Nobel de Literatura, concedido este último año, por mitad, a dos escritores daneses, Carlos Adolfo Gjellerup y Enrique Pontoppidan (ambos nacidos en 1857) ha dado notoriedad europea a sus nombres. Sus obras, traducidas hace tiempo al alemán, los muestran como los novelistas más importantes de su generación. Un crítico inglés los caracteriza en las siguientes frases: "Enrique Pontoppidan es, sin disputa, el principal novelista de Dinamarca. Ha logrado el puesto... gracias a su decidida independencia de los modelos extranjeros y a la incesante actividad que ha puesto en coleccionar y distribuir los hechos relativos a la experiencia y al carácter danés. Su rival más importante, Gjellerup, es un camaleón que toma color de cualquier objeto intelectual en que se pose." Empezó Pontoppidan por relatos breves

entre los que sobresalen sus *Cuentos de aldea*, de 1883, y ha llegado a escribir novelas que constan de muchos tomos, como *Lykke Per*, de la cual, el primero vió la luz en 1898. *Tierra de promisión* anterior a ésta, representa, dice Emilio Fog, "con un arte magistral de exposición realista, la vida de las poblaciones rurales sometidas a la influencia de las distintas tendencias religiosas que se disputan el dominio de los espíritus". Es natural y fundamentalmente danés, con las preocupaciones y aun con las limitaciones del terruño. Gjellerup, en cambio, que de treinta años a esta parte vive en Alemania, en Dresde, salió de Dinamarca después del fracaso de su tragedia *Brunilda*, estrenada en 1884, y de una sonora polémica con Brandes, de quien fué antes el partidario más ardoroso. Ha sentido el influjo de los escritores alemanes, a los que volvió después de una época de influencia inglesa, durante la cual Swinburne, Shelley, Darwin dejaron huella en su espíritu. Sus novelas más importantes son *Minna*, de 1889 y *El Molino*, de 1896.

Herman Bang hombre de teatro y novelista, nacido en el mismo año que los anteriores y muerto hace poco, hijo de eclesiástico lo mismo que ellos, se distingue de ambos en la sensibilidad que llevó su espíritu a las corrientes modernas de Francia, al análisis psicológico de la personalidad agitada por las luchas de la vida. Sus obras más elogiadas son *Junto al camino* y *Tina* (traducidas ambas al francés). En 1910 publicó un serie de estudios escénicos titulada *Máscaras y rostros* en que traza los perfiles de grandes actrices y actores de Europa. Al hablar de Sara Bernhardt alaba como la más perfecta realización de un tipo su creación del *Hamlet*; y esta declaración, en boca de un danés, tiene valor muy subido.

En las mismas tendencias vemos a Peter Nansen (n. en 1861) periodista, novelista, autor de *María*, curioso análisis de una figura de mujer, y del drama *La boda de Judith*, hecho solo con dos personajes cuyos diálogos llenan cinco extensos actos, manifestación extrema de un teatro puramente dialéctico, en el que han dado obras importantes Otón Benzon y Emma Gad, inclinándose estos a la pintura de las clases elevadas, lo

mismo que Gustavo Esman. (1860-1904).

Muchos nombres ofrecen aún las letras danesas en lo que se refiere a la novela y al teatro, pero es difícil señalar otros que sobrepasen a los citados. Hay que mencionar, sin embargo al lado de ellos a Hjalmar Söderberg (1870-1906), a Knud Hjørto (n. en 1869) y a Carlos Larsen (n. en 1860) "temperamento puro y absolutamente artístico, que ve la vida como artista y como artista la reproduce". Sus obras *Círculos*, *Diez y seis años Solitarios*, *El doctor X*, sus libros de viajes, le han conquistado extenso renombre. El humorista Gustavo Wied (n. en 1858), regocijado, misógino convencido, brutal a veces, ha dado muestras de su ingenio en novelas como *La Raza*, *La Maldad de la vida* o en una serie de comedias casi irrepresentables que titula *Satíricas*.

La escritora Karin Michaelis, presentada al público francés por Marcel Prevost ha dado en *La edad peligrosa*, así como en *Madrecita* y *¿Por qué?* interesantes análisis del alma femenina. La primera novela citada, que estudia en una mujer de cuarenta años las últimas convulsiones del deseo, ha logrado muchos lectores. Por último Johannes V. Jensen, (n. en 1873), traducido quizá íntegramente al alemán, levanta protestas en sus libros contra todas las tradiciones y aspira a una superhombria nietzscheana. Su estilo es alabadísimo, potente de veras, lleno de atisbos poéticos y de nuevas imágenes. Las comedias de Sven Lange valen por sus dotes de ingenio y de profundidad; pero se le imputa falta de habilidad escénica.

Entre los poetas, Thor Lange (n. en 1851) profesor de filología clásica en Moscou, enamorado de las formas populares; Alfredo Ipsen, de tendencia filosófica; Luis Holstein (n. en 1864), de gran delicadeza; Helge Rode (n. en 1870), que prefiere la forma dramática para dar cuerpo a su comprensión jubilosa de la vida; Niels Möller (n. en 1850), traductor de Esquilo, ponderado y melancólico en sus poesías originales; Sophus Michaelis (n. en 1865), poeta de la sensación más que de la inteligencia; el dialectal Jeppe Aakjaer (n. en 1866), por cuyos cantos

popularísimos pasa un hálito campestre y una aspiración revolucionaria; Viggo Stuckenberg (1863-1905), no son tan acatados como Sophus Clausen (n. en 1865), a quien el voto popular de un público ilustrado diputó por el primero de todos. Ha vivido mucho tiempo en París, y su traductor, G. Ch. Cros, dice de él: *De Thule a Eebatana* (título de la versión de algunos poemas de Clausen) muestra en escorzo el carácter de la obra de este poeta y pone de manifiesto con intensidad "esta verdad profunda que, en mi opinión, es como la clave del arte complejo y sencillísimo de Sophus Clausen: todo símbolo se resuelve en cosa tangible y toda cosa tangible llega, casi inconscientemente, al símbolo. La vida y el sueño no se oponen entre sí; por el contrario, no existen la una sin el otro; son, nupcialmente unidos, dos aspectos igualmente verdaderos, igualmente hermosos, de una misma realidad".

Pero entre todos los escritores de hoy, ninguno ha logrado más nombradía que Johannes Jørgensen, (n. en 1866) que salió de las atormentadoras inquietudes de sus primeros libros en prosa y verso hacia una glorificación del catolicismo en la sencillez franciscana que le abrió las vías de la creencia. Es personal, lírico, arrebatado a veces. Los libros *San Francisco de Asís* (traducido al castellano), *Peregrinaciones franciscanas*, *las Parábolas*, nos muestran con un velo magnífico de arte esta recién hallada sencillez espiritual.

Fuera del campo de la literatura hay en Dinamarca escritores de gran significación, como el crítico de arte Julius Lange (1838-1896), el filósofo Harald Høffding (n. en 1843) y el filólogo Christophes Nyrop cuyos estudios sobre la lengua francesa son conocidos universalmente.

E. DIEZ-CANEDO

BIBLIOGRAFÍA.—EMIL FOG, *Les littératures Danoise et Norvégienne d'aujourd'hui* (Guy Charles Cros traduxit) Paris, 1904. —L. BERNARDINI, *La Littérature Scandinave*, Paris, 1894. Véanse también, en francés, las introducciones a las diversas obras traducidas. De casi todos los autores citados hay buenas versiones alemanas y de Brandes excelentes ediciones inglesas. Tienen interés las reseñas periódicas del *Mercur de France*, la *Revue* y sobre todo la *Revue Scandinave*, empezada a publicar en París en 1910.—Véase asimismo OTTO HAUSER, *Weltgeschichte der Literatur*, Tomo II; Leipzig und Wien, 1910; id. *Die Dänische Lyrik*, 1872-1902, Grossenhain, 1904.

LA ACCIÓN EN EL TEATRO

SUELEN algunos de nuestros críticos al juzgar las obras de los autores contemporáneos dolerse de su falta de acción. El teatro, dicen, es acción y al dramaturgo no le es lícito escamotear ésta, ni suplantarla con prolijos relatos, ni menos aún con disquisiciones poéticas o seudofilosóficas más propias de otros géneros literarios. Así lo entendieron los griegos al denominar al género *dramático*, esto es, de *πᾶσις* = acción, por opinar que en la escena deben presentarse los sucesos a la vista del espectador. Para determinar nosotros en qué grado es esto cierto y hasta qué punto es imprescindible la acción en toda producción teatral, debemos primero fijar el concepto de tan asendereada palabra. Y después, apoyándonos en el testimonio de la historia y en la misma naturaleza lógica de la literatura dramática, y, por así decirlo, en nuestro sentido común literario, examinar lo que haya de cierto en la tesis citada y, por consiguiente, de falso y de imperfecto en todo teatro que a ella no se sujete.

Ante todo hemos de distinguir entre acción externa y acción interna. Porque la acción no es sólo, como parece que creen algunos, el mero movimiento mecánico de personajes que entran, salen, se agitan, ríen y lloran. Cabe en lo posible que una obra comience con todos los agonistas (empleo esta palabra porque actor ha venido a designar hoy el histrión, no el personaje del poeta) sentados y terminar del mismo modo, sin que ninguno se haya movido de su sitio, y puede, sin embargo, estar repleta de acción. Porque hay una acción interna. Que podríamos definir como la sucesión de los distintos aspectos con que el espectador percibe las mutuas relaciones de los personajes de la obra. O, lo que es lo mismo: la acción externa es la que el público ve. De tal modo, que aunque los personajes no hablasen, como sucede en las pantomimas, el público la apreciaría igualmente. Pero el drama es algo más que la pantomima, y por medio de la palabra el público puede conocer los más recónditos pensamientos de los agonistas

y darse exacta cuenta de la lucha de pasiones, que es lo que constituye el verdadero nervio de la acción dramática.

Si examinamos, por ejemplo, en la inmortal tragedia shakespeariana el proceso de los hechos y sentimientos que la cándida Desdémona inspira al celoso Otelo, tendremos que hay una acción externa que podríamos resumir así: Desdémona huye de su casa para unirse al moro, enamorado de él al escuchar de sus labios el relato de sus aventuras guerreras. Ambos confiesan ante el Senado su mutua pasión. Desdémona quiere acompañar a su esposo a la belicosa empresa que en Chipre va a acometer por encargo del Consejo. Otelo y Desdémona comienzan en Chipre a disfrutar su felicidad. Prendidos ambos en la red infernal de las calumnias de Yago, Otelo empieza a dudar de la virtud de Desdémona, sospechando que el inocente interés que demuestra por el teniente Casio encierra una torpe pasión. Otelo pide a su esposa el pañuelo que le había robado la mujer de Yago. Convencido de que Desdémona se le entregó a Casio, sus sospechas crecen. Más tarde, siempre instigado por el perverso alférez, insulta y maltrata a su esposa al enterarse de que el pañuelo se hallaba en manos de una mujerzuela amiga de Casio... Y así podríamos seguir el proceso externo de las relaciones entre los dos esposos, hasta la escena decisiva que describiríamos diciendo que el moro penetra en la alcoba donde descansa Desdémona y la ahoga en su mismo lecho.

Pero hay algo más. Fijándonos sólo en esta última escena veremos cómo el poderoso genio del poeta ha sabido hallar en la simplicidad de una acción externa, una tal variedad de matices, de aspectos, que da lugar a una acción interna riquísima y de la que ha obtenido sorprendentes efectos. Desdémona se halla en el lecho. Otelo, decidido a darle muerte, entra. Un dramaturgo vulgar, suponiendo que se hubiese atrevido a presentar esta difícil escena y que hubiera pretendido sacar partido de una situación de tan culminante interés, hubiera imagina-



do, por ejemplo, a Desdémona despierta; sobrevendría el consiguiente diálogo, y Oteló, finalmente, cumpliría su propósito. Pudo también imaginarla dormida; Oteló, después de pronunciar un monólogo, la ahogaría. En cualquiera de ambos casos habría un solo aspecto, una sola situación. Pero ved hasta dónde puede llegar la audacia del genio. Shakespeare, que jamás huía las situaciones, que presentaba toda la acción a los ojos del espectador, concibe una idea genial. El moro encuentra dormida a su inocente víctima. Prescindo ahora de ponderar el valor estético del tierno y patético contraste. En un maravilloso monólogo retarda el fatal momento. Sin embargo, todo parece indicar que Desdémona ha de recibir el golpe mortal sin despertar de su sueño. Pero cuando creemos llegado el momento, la despiertan los besos de Oteló. La escena empieza de nuevo. Es ya otra tragedia. Oteló acusa a Desdémona, y después de un diálogo conmovedor, supremo, sobreviene el trágico desenlace. Es decir, que el dramaturgo ha superpuesto dos dramas, ha convertido una simple acción externa en una doble interna. Esto, sin hablar ya de los distintos matices que a cada instante pueden cambiar el curso de la acción. Ese es el genio; y el genio teatral por excelencia. No el que multiplica y enreda los acontecimientos, sino el que penetra en lo más íntimo de las almas y presenta el choque de las pasiones sabiendo ver toda su prodigiosa diversidad.

Ahora bien. ¿Debe el dramaturgo ceñirse exclusivamente a presentar plásticamente el conflicto y a desarrollar la trama sin que los personajes hablen más que lo estrictamente necesario, para que el público perciba las situaciones con claridad? ¿No le es permitido al poeta usar del don de la palabra concedido a los actores para explicar, siquiera sea por medio de digresiones, lo que él juzgue necesario para analizar el espíritu de los personajes o presentar el carácter del ambiente con toda profundidad y precisión? Si los preceptos teóricos se deducen de las obras inmortales de los clásicos, examinemos éstas brevemente fiján-

donos únicamente en los teatros más importantes.

¿Es todo acción en la tragedia griega? Por de pronto tenemos el coro, y con él un elemento lírico o, si se quiere, psicológico. Las lamentaciones ocupan una considerable parte de la obra total e indiscutiblemente retardan la marcha de la acción. Pero no toda ésta se representa. La unidad de lugar imposibilita asistir a todos los sucesos. Y los trágicos introducen los mensajeros con sus largos relatos, cuando no prescinden de ellos por completo, suponiendo que el pueblo conoce de sobra los antecedentes de la leyenda sagrada y tradicional.

En la literatura moderna, los más importantes teatros son el español y el inglés. Aquí, el poeta goza la más absoluta libertad de cambiar el lugar y el tiempo de la acción cómo y dónde se le antoje. Generalmente nuestros autores del siglo de oro no sólo no rehuyen la acción, sino que la buscan, rodeándola de episodios secundarios y trasladándose a todas partes con el objeto de seguir a los agonistas en todos sus actos y propósitos. No obstante, es cosa frecuente y que hoy no toleraríamos el inacabable parlamento con que el poeta obsequia a su comediante favorito para que se luzca. Y no es esto sólo. Romances, letrillas, canciones, sonetos, rara es la obra en que no aparecen intercalados, traídos, a veces, completamente por los cabellos. El agudo discreto con que los personajes muestran su peregrino ingenio asaetándose y perdiendo lindamente el tiempo, es cosa bien frecuente. La famosa "fuerza del consonante" los extravía en juegos de vocablos y diabluras métricas de innegable gracia y agilidad. Otras veces es el pensamiento filosófico que se desata en admirables estrofas como las de *La vida es sueño*. Todo esto y mucho más podríamos decir del siempre modernísimo y como nadie atrevido Shakespeare. Y pensemos sinceramente. ¿Pierden por ello las comedias de Lope, de Tirso, de Calderón? ¿Peca teatralmente el inmortal autor de Hamlet al poner en boca del pensativo príncipe aquellas sus incompares divagaciones filosóficas? Confese-

mos que decir tal sería casi una blasfemia. Vengan en buenhora las digresiones líricas, filosóficas, épicas u oratorias, si traídas con discreción, naturalidad y buen gusto, vienen a ilustrar más al carácter del personaje o a enriquecer la libre creación del poeta.

Pero atendiendo ya a la misma naturaleza del drama, es indudable que si éste, como quieren los realistas, ha de ser un espejo de la vida, para que el reflejo sea exacto no deberá llevar la acción descarnada y continua, sino que estará interrumpida, oscurecida muchas veces, con profusión de estorbos; ocultada otras por inverosimilitud material de juntar en un mismo sitio sucesos distanciados en tiempo y espacio, y no pocas sustituida por relatos por absoluta imposibilidad de poner en escena cierta clase de hechos. Y ni aun esto será defecto. Porque, si bien pensamos, hemos de confesar que al teatro no sólo se ve a ver, se acude también a oír. Y el exceso y superabundancia de acontecimientos y peripecias y anagnórisis siempre fué más propio del teatro espectáculo, del teatro aliterario, de vulgo, que del teatro literario que prefiere ser en esto sobrio y cuidar, en cambio, la creación de caracteres, el estudio realista de las costumbres y la construcción arquitectónica de la obra, ponderada y armónica. En efecto; pensar que el espectador se ha de aburrir y de cansar, si los actores en vez de accionar constantemente divagan o poetizan ingeniosamente, sería desconocer y negar la posibilidad de eficiencia de una manifestación literaria tan floreciente siempre como la oratoria, que no es, en realidad, más que un monologar en que, por consiguiente, la acción externa y las más de las veces la interna es nula.

Claro es que si en el teatro no hubiese acción, no sería teatro. Sería simplemente un género dialogado; espectáculo que algún día quizá llegase a tener representación plástica, siquiera fuese ante un público de acrisolada cultura literaria, que escuchase con no pequeño deleite, a la vez que las obras de los nuevos poetas, los bellísimos diálogos de Platón, de Luciano o de Fray Luis.

Finalmente, no se nos debe ocultar que

la descentración del género dramático no es exclusiva de él, sino que se extiende modernamente a todos. La literatura actual busca la novedad, entre otras cosas, en la involucración de los diversos géneros, tendiendo quizás a un género sintético en el que todos se hallen representados. Y así tenemos hoy teatro impresionista, propiamente teatro lírico, teatro político o social, oratorio o didáctico, como tenemos teatro histórico que es, a menudo, verdadero teatro épico; teatro psicológico, etc. Y lo mismo sucede con los restantes géneros. Y aún se va más allá para establecer relaciones entre las diversas artes e intentar con medios literarios efectos plásticos o musicales, o viceversa, desarrollar por medio de la música poemas literarios. Este será quizá el arte del porvenir, siempre que cada arte contribuya al efecto total con medios adecuados a sus recursos, como se pretendía ya en las geniales tentativas de Wagner con la creación de su drama lírico, y como hoy se intenta de nuevo al juntar todas las artes en síntesis tan interesantes como las que nos ofrecen las compañías de bailes y pantomimas artísticas, en que la Música, la Danza y la Literatura sin palabras, desconcertante paradoja cuya realidad es innegable, colaboran decoradas por las Artes plásticas en admirables espectáculos del más puro abolengo artístico.

De todo lo que antecede podemos concluir. Que los actuales críticos no tienen derecho para censurarle al dramaturgo sus alegatos poético-filosóficos o sus exaltaciones líricas (siempre que unos y otras sean oportunas y de buen gusto) so pretexto de entorpecer el curso de la acción. Que ésta es necesaria, pero sin que haya de multiplicarse con inesperadas complicaciones; basta, en rigor, con una acción interna. Que así lo entendieron siempre los más grandes genios de todos los tiempos. Y, sobre todo, que así lo dispone la misma naturaleza de las cosas, que no impone al dramaturgo más limitación que la de que su obra se inspire en las eternas e inmutables fuentes de la Belleza, dejándole para lo demás en la más absoluta libertad.

GERARDO DIEGO CENDOYA

LOS CLASICOS: PÜSCHKIN

NUNCA se olvida, al citar los orígenes de Püschkin, que por su padre era descendiente de una noble familia rusa, pero de estirpe alemana, la mención de su abuelo materno, el negro Aníbal, ahijado de Pedro el Grande, que llegó a general. Esta mezcla de sangre, que dió a Püschkin rizados cabellos y gruesas facciones, ¿influyó acaso en su poesía? En opinión de Jorge Brandés, indudablemente, y para Gobineau, ello hubiera bastado como explicación de su genio. Como no tratamos aquí sino de esbozar brevemente su vida y caracterizar su arte, dejaremos de todo tan intrincada cuestión, que apuntada queda por si alguien la mira con interés.

Desde muy niño mostró Alejandro Püschkin, nacido en 1799, aficiones literarias. Se conservan versos ligeros que compuso en francés, cuando estaba en el liceo de Tsarskoye-Selo, después de haber leído todos los libros que halló a mano, casi todos franceses, en la casa paterna. Era entonces en Rusia el francés idioma de la gente "distinguida" que miraba con desdén la producción literaria nacional, no muy digna, por cierto, de otra estimación. Los autores más encumbrados imitaban a Europa, que entonces, a fines del siglo XVIII, vivía de los relieves de la Enciclopedia; el teatro y la poesía, en especial, arrastraban vida precaria.

La abuela de Püschkin y su nodriza, que nunca le dejó y fué su compañera más tarde, en años de confinamiento, cobraron mucho ascendiente sobre el niño: la una formó su gusto, inteligente y refinado; la otra su imaginación, poblán-

dola de consejas y narraciones populares, y acostumbró su oído al ruso del campo, vivo y despierto de giros y cadencias, muy distinto de la lengua literaria en uso, llena de pesades.

En la vida escolar, Püschkin desarrolló sus aptitudes y llena papeles y cuadernos de poesías en francés y en ruso. Una oda que lee ante Derjavin, el poeta más

celebrado de entonces, llena a éste de admiración. Y cuando el mozo, en 1817, sale del liceo, tiene ya una incipiente aureola. Como carecía de la fortuna, necesaria para lucir en el ejército y que sus pretensiones aristocráticas le inclinaban, ni el oficio de las letras era bien visto entre los suyos, aceptó una plaza en el ministerio de Negocios extranjeros, y empezó una vida en que no tuvo más preocupaciones que las deudas contraídas para sostenerla:



ALEJANDRO PÜSCHKIN

(1799-1837)

bailes, diversiones, placeres, la existencia superficial y vacía de la juventud dorada de Petersburgo, que fué la de su vida entera. De entonces es su primera obra importante, el poema Ruslán y Ludmila, en que un héroe, a quien poderes ocultos arrebatan la novia en el día de sus bodas, sale en persecución de ella, hasta que logra recuperarla. La mezcla de episodios patéticos y aventuras fantásticas y cómicas, da un carácter nuevo al poema, que alcanza éxito inmediato. Se le discute, pero se le lee; aquella obra, tan distinta de la literatura, corriente, despierta entusiasmo verdadero. Otro viejo poeta, Jukovski, envía un retrato a Püschkin, con esta dedicatoria: "Al discípulo vencedor su derrotado maestro".

De entonces son sus relaciones con las

sociedades secretas, su amistad con los revolucionarios y sus poesías levantiscas, entre ellas la "Oda a la libertad" de 1820, en que se leen estos versos: "Estad, oh reyes, atentos a la verdad: — Ni castigos, ni recompensas, — Ni las timeblas de los calabozos, ni los altares, — Son murallas seguras para vosotros, — Sed los primeros en inclinaros — A la protección firme de la ley, — Y el trono tendrá su salvaguardia — En la libertad y la paz de los pueblos." — Comprometido gravemente por estas que más bien fueron ligerezas de muchacho, lo hubiera pasado mal sin la intervención de sus amigos y protectores. El emperador se contentó con desterrarle al mediodía ruso. Llegado a Yekaterinoslav, enfermó de fiebres, y, para que se repusiera, el general Raievski, padre de un amigo suyo, se le llevó consigo al Cáucaso; viajó por mar, pasa algún tiempo en Crimea, entregado a la naturaleza por entero: "En Gurzuf, — escribía a su amigo Delvig — vivía para bañarme y atiborrarme de uvas; me acostumbé inmediatamente al sur, y lo gocé con la despreocupación de un lazzarone. Me gustaba oír, de noche, cuando me despertaba, el ruido del mar, y oyéndolo pasaba horas enteras; a dos pasos de la casa había un ciprés tierno; sentía por él verdadero cariño, e iba a visitarlo todos los días. Esto es todo lo que recuerdo de mi estancia en Gurzuf". Frecuentes viajes y excursiones le llenan la imaginación de bellezas, y son semilla de sus mejores obras. De allí pasa a Kichinef, a las órdenes del general Inzof, que le deja en libertad completa. No falta en su vida el amor. Y una vez, detrás de una gitana, se va por las estepas con la tribu nómada. Tampoco faltan las reyerías y los desafíos. En más de una ocasión, quiere escapar a Grecia para reunirse con Byron. De aquellos días son algunos de sus poemas mejores: los Hermanos Bandidos, el Prisionero del Cáucaso, la Fuente de Bakchi-Seray, y en Odessa, a donde va más tarde, escribe los Gitanos y algunos cantos de su obra capital Eugenio Onieguin. Disgustado, por causas no muy claras con su jefe, el conde Vorontzof, gobernador de la Rusia meridional, pidió éste el traslado del poeta, que,

por su parte, no deseaba otra cosa. Pero, acusado de ateísmo, se le privó de su empleo y se le confinó a su dominio de Mikhailovskoye. Era en junio de 1824.

El solar de los suyos fué para él una verdadera prisión, de la que sólo pudo consolarle el trabajo, sobre todo cuando, vuelta su familia a la capital, quedó sin más compañía que la de su niania. También el amor alegró sus soledades, con la visita de Ana Petrona Kern, a quien están dedicadas sus estancias más célebres. Nuevos cantos del Onieguin, (que no dió por terminado hasta 1830), el drama Boris Godunof, nacen allí. Al advenimiento del emperador Nicolás I, a fines de 1826, obtiene gracia y vuelve a la corte.

Pero su libertad es imaginaria. Se siente vigilado, espiado. Lleva la vida de ocio y vacuidad tan bien descrita en Eugenio Onieguin, o en otro menor poema, El Conde Nulin. En un baile, conoce a Natalia Goncharova, hermosísima e insulsa criatura de quince años, que uno después, en 1830, se casó con él. Solicita un puesto en la corte, además del de historiógrafo que ya tenía, para dar entrada en ella a su mujer. Pronto empiezan las preocupaciones familiares, los celos. Natalia es coqueta; quiere a su marido, pero no se para en ligerezas cuya trascendencia no sabe adivinar. Un francés llamado Jorge Dantès e hijo adoptivo del barón Heeckeren, ministro de los Países Bajos, le hizo la corte. Desafiado por Púschkin, declaró que no estaba enamorado de Natalia, sino de Catalina, hermana de ella, con la que se casó. No se desarmó con ello la calumnia, sino que tomó cuerpo. Fué inevitable el desafío; los dos salieron heridos, Púschkin, con un balazo en la ingle a consecuencia del cual murió dos días después, el 29 de Enero de 1837. El duelo popular, no el oficial, acompañó a su cadáver.

En los últimos años escribió algunas obras, que, aun siendo adaptaciones de asuntos universales, como El caballero avaro, El convidado de piedra, o de leyendas populares rusas, como La Rusalka están entre lo mejor suyo. Intentó el poema épico en La Petreida, escribió artículos, novelas, obras históricas; las novelas, casi todas muy breves, son bien conocidas por las traducciones de Luis Viar-

dot. La hija del Capitán es la más famosa.

Púschkin es el clásico por excelencia en su literatura. Los que le presentan como un Byron ruso, no dan sino un aspecto de su personalidad: la parte de "espíritu del siglo" que hay en sus poemas mayores. El príncipe Kropótkin, en su Russian literature, le caracteriza así:

"La verdadera fuerza de Púschkin consiste en haber creado en pocos años un nuevo lenguaje literario, libertándolo de ese pomposo estilo teatral que antes se consideraba necesario para todo cuanto se imprimía. Fué grande por su estupendo poder de creación poética, por su capacidad para asir las cosas vulgares de la vida diaria, o los más comunes sentimientos de los seres más ordinarios, y relatarlos de modo que el lector los viviera; y por el de construir, por otra parte, con materiales escasos, y dar vida a toda una época histórica; poder de creación que, de cuantos tras él vinieron, sólo Tolstoy tuvo en tan alto grado. La fuerza de Púschkin venía directamente de su profundo realismo, de ese realismo, entendiéndolo en el sentido mejor, que él fué el primero que introdujo en Rusia y que más adelante llegó a ser característico de toda la literatura rusa. Y estriba en el hondo sentimiento humanitario de que están impregnados sus mejores escritos, en su entusiasta amor a la vida, en su respeto a la mujer. En cuanto a belleza de forma, son sus versos tan "fáciles" que se quedan en la memoria en cuanto se han leído dos o tres veces. Han penetrado en las aldeas y son hoy deleite de millones de niños del campo, después de haber hecho las delicias de poetas tan refinados y filosóficos como Turguénef".

LESER

LA RUSALKA

Cerca de un lago, en un profundo encinar, vivía retirado un monje, consagrado por completo a las austeridades, al ayuno, a la oración y al trabajo.

Allí, con su azadón, el buen viejo, había cavado ya su sepultura y de una muerte mucho tiempo deseada pedía la merced a los santos del cielo.

Un anochecer de estío, en el umbral de su humilde cabaña, rezaba el anacoreta. El encinar se oscurecía, un vapor se exhalaba

del lago, y, de nube en nube, la luna rojiza rodaba apacible por el cielo. El ermitaño miró al agua.

Mira, y transido de miedo, a pesar suyo, no sabe lo que siente... ¿Qué ve? Hierve el agua y pronto vuelve a quedarse tranquila... Luego, de pronto... leve como sombra nocturna, blanca como la nieve matinal de los montes, una mujer desnuda sale de las aguas y va a sentarse, muda, en la orilla.

Vueltos los ojos al viejo ermitaño peina sus húmedos cabellos. El santo varón se estremece de espanto, fascinado por su hermosura. Le hace ella una seña con la mano, inclina vivamente la cabeza... y brusca, como estrella que corre, desaparece bajo las ondas dormidas.

En toda la noche no pudo cerrar los ojos el austero anciano, ni rezar en todo el día siguiente: ante sí, en sueño obstinado, veía sin cesar la imagen de la virgen encantadora. Otra vez se cubrieron de tinieblas los bosques, subió la luna a las nubes, y otra vez, a la orilla del agua sentóse la doncella pálida y seductora.

Le mira, inclina la cabeza y se complace en mandarle besos desde lejos; da vueltas locas en el agua que salta por todas partes, suelta la risa, se echa a llorar como un niño, llama al monje y suspira tiernamente...— "¡Monje, monje! ven a mí, sé mío"... Y de pronto se sumerge en el agua transparente... y todo vuelve a caer en calma profunda.

Al tercer día, el ermitaño, enloquecido, junto a la orilla encantada, sentóse a esperar a la doncella fascinadora... La sombra del anochecer se extendía sobre los bosques... La aurora disipó las tinieblas nocturnas. Nadie halló ya rastro del eremita: dicen que sólo unos niños vieron flotar entre las aguas su barba gris.

(1819)

LOS GITANOS

Los gitanos, bulliciosa patulea, van errantes por Besarabia. Hoy, a la orilla del río, se albergan en sus tiendas hechas jirones. Alegre como la independencia es su pernóctar; ¡duermen de modo tan grato en plena campiña! Entre las ruedas de los carros, medio escondidos entre alfombras, arde un fuego; en torno, la familia guisa la cena. En la planicie desnuda pastan los caballos. Detrás de una lona, un oso amaestrado pasa la noche en libertad. Todo está en movimiento en la estepa; tranquilos se entregan todos a los quehaceres domésticos para estar en disposición, al amanecer, de ir aún más allá; cantan las mujeres, gritan los chicos, resuena el yunque campestre. Pero ya sobre el tabor nómade va cayendo el silencio del sueño, y no se oye en la tranquilidad de la estepa más que ladrar de perros y relinchar de caballos. Apagáronse todas las

hogueras. Todo es paz; la luna brilla, solitaria, en lo más alto del cielo, iluminando al tabor adormecido... Sólo un anciano, en su tienda, no duerme; sentado ante los tizones, calentándose a su llama espirante, mira a lo lejos en la llanura envuelta en la neblina de la noche...

Llega la luz... y la tribu se derrama bulliciosa... Repléganse las tiendas, los carros se disponen para la marcha; todo arranca a la vez... y la caravana, lentamente, avanza por las llanuras desiertas. Los asnos, en cestas colgadas al costado, llevan a los niños, que jueguetean; maridos y hermanos, mujeres y mozas, jóvenes y viejos van detrás. ¡Qué griterío! ¡Qué bulla! Cantares gitanos, rugidos de oso, cuya cadena lanza un tintineo incesante, vivo abigarramiento de los harapos, desnudez de chiquillos y de ancianos, ladridos y gruñir de los perros, rezon-gueo de la cornamusa, rechinar de carros, todo es misero, salvaje, discordante, pero todo está lleno de vida y de movimiento. ¡Cuán diferente de nuestra indolencia, de nuestra molicie, de nuestro vivir inerte, monótono como canción de esclavo!

(1824)

EL PROFETA

Devorado por la sed del alma, me arrastré por el horror del desierto; y un serafín de seis alas se me apareció, cortándome el paso. Con sus dedos, leves como un ensueño, me tocó las pupilas, y las pupilas se me dilataron a la visión de lo futuro, como las del águila espantada. Tocó mis oídos y los llenó de murmullos de voces; y comprendí las vibraciones del cielo y el volar sublime de los ángeles, y el correr bajo el agua de los monstruos, y el vegetar de la rama en el valle. Me apreté los labios, y me arrancó la lengua pecadora, parlera y astuta, y el dardo cauteloso de la serpiente su diestra ensangrentada lo puso fijo en mi boca moribunda. Y me abrió el pecho con la espada, y me arrancó el corazón anheloso y encendió unas brasas y las atizó dentro de mi pecho desgarrado. Permanecí tendido en el desierto como un cadáver, y la voz de Dios me gritó:—“Levántate, profeta, mira, escucha, llénate de mi voluntad y, cruzando tierras y mares, inflama con tus palabras el corazón de los hombres”.

(1826)

EL ORO Y EL HIERRO

El oro, dice: “Todo es mío”.—“Todo es mío”, dice el hierro.—El oro, dice: “Todo se vende”.—“¡Todo se conquista!”, dice el hierro.

(1827)

LOS ESPIRITUS

Las nubes se persiguen unas a otras, las nubes van en torbellinos; la luna invisible ilumina la nieve que cae; el cielo está turbulento, turbulenta la noche... Corro, corro por la planicie desnuda: la campanilla suena: tin, tin, tin... El miedo, el miedo se apodera de uno, aunque no quiera, en estas extensiones desconocidas.

—“¡Eh, cohecho, más deprisa!”—“No es posible, barin, los caballos no pueden; la nieve me ciega; se borró el camino; mátame, si quieres, no hay ni señal de camino; perdidos estamos. ¿Qué será de nosotros? El diablo nos lleva, sin duda, a campo traviesa y nos hace dar vueltas de un lado para otro.

“Mira: ¡él es, él es! se divierte soplando y escupiéndome sobre mí; él es, que ahora tira del caballo encabritado, llevándole al precipicio; aquí toma el aspecto de una piedra miliaria que se alzara sobre nosotros: a lo lejos ha brillado una breve centella, para hundirse luego en el vacío de las tinieblas.”

Las nubes se persiguen unas a otras; las nubes van en torbellinos; la luna invisible ilumina la nieve que cae; el cielo está sombrío, sombría la noche. Ni fuerza tenemos ya para dar vueltas a uno y otro lado; la campanilla se calló de repente; los caballos se paran... ¿Qué habrá en el campo?—“¿Quién puede saber si es un tronco o un lobo?”

La tormenta rabia, la tormenta solloza; los caballos yerguen las orejas, piafan... ¡Vedle saltar allá lejos, y ya sus ojos apenas lucen en la obscuridad! Vuelven a galopar los caballos; la campanilla suena: tin, tin, tin... Veo a los espíritus juntos en medio de la llanura blanquecina.

Innumerables, disformes, a la turbia luz de la luna, giran, los pillos, como las hojas en noviembre... ¿Cuántos son? ¿quién los persigue? ¿Por qué tan lastimosamente cantan? ¿entierran a un duende? ¿van a las bodas de una bruja?

Las nubes se persiguen unas a otras, las nubes van en torbellinos; la luna, invisible, ilumina la nieve que cae; sombrío está el cielo, sombría la noche. Una legión de espíritus persigue a otra por el espacio ilimitado; sus ladridos lúgubres, sus aullidos, me atraviesan hasta los tuétanos...

(1830)

EXEGI MONUMENTUM

Me alcé un momento, no edificado por mano de hombre, y el pueblo ruso no ha de olvidar su camino: levanta su cima soberbia más alta que la columna de Alejandro.

¡No, no moriré del todo! Por el prestigio de sus cantos, mi alma sobrevivirá a mis cenizas y desafiará el aniquilamiento de los se-

res... Perdurará mi fama mientras en este mundo sublinar quede un poeta.

Por toda la vasta Rusia se extenderá mi gloria y las razas que la pueblan, cada cual en su idioma, repetirán mi nombre, lo mismo el altivo nieto de los esclavos, que el finlandés y el tungús indomable y el kalmuko, amigo de la estepa.

Y por mucho tiempo seré amado del pueblo ruso, porque consagré mi lira al culto

de lo bello y del bien, porque en mi siglo bárbaro celebré la libertad y prediqué compasión para los débiles.

Oye, oh Musa, la voz de Dios; desprecia ultrajes y desdeña apoteosis; recibe con indiferencia igual loores y vituperios, y no aceptes discusión con los necios.

(1836)

ALEJANDRO PUSCHKIN

LAS GRANDES FIGURAS DEL ARTE

JACOBO CALLOT

EL grabado y el aguafuerte han vuelto a penetrar desde hace unos años en el gusto de las minorías educadas, que son las más difíciles y las más fáciles de conquistar. Son artes de menos público, porque requieren más sensibilidad en la retina y más memoria visual en quien los mira.

Vuelven a cotizarse caros los productos de estas artes, al parecer humildes, pero que se atreven a despreciar las superficies coloreadas y los empastes vistosos de la pintura, porque pueden esgrimir encantos propios. Sus encantos, o poderosas armas, son: la intención, la ductibilidad, la finura de la línea, la transparencia y la opacidad de las medias tintas y de las sombras logradas con el rayado.

El grabado es más viejo que el aguafuerte. Esta última nace en el siglo XVI, pero no abre de par en par sus alas hasta el siglo siguiente. Como consecuencia y superación que es de la primera, tiene más medios para traducir matices.

Uno de los grabadores más interesantes y que más influjo han ejercido, incluso en los modernos, se llama Jacobo Callot. La silueta de su vida es tan movida y curiosa como su arte mismo.

Fué lorenés; nació en Nancy el año de 1592. Cogió, pues, las postrimerías del siglo XVI y encarna ese tránsito del buril al aguafuerte mencionado ahora mismo. Su padre, Juan Callot, hombre de toga y aficionado a la heráldica, renegó durante mucho tiempo de las aficiones

de su hijo. Tal vez por esta falta de calor para sus entusiasmos en la casa paterna, lió su modesto petate y se marchó. En el camino da con una caravana de gitanos que van a Italia y se incorpora a ella, pensando en su compañero de colegio, Henriot, que le había precedido en el viaje. Estudia con Remigio Cantagallina en Florencia un poco de tiempo; pasa luego a Roma y aquí es reconocido por unos mercaderes lorenese y vuelve con ellos a Nancy. Pero su espíritu es inquieto: vuelve a escapar y vuelve a ser atrapado por un hermano suyo, Juan. Por estos días graba el retrato de Carlos III, y su padre accede al fin a que siga su carrera de dibujante. Así ya hace su tercera salida en condiciones distintas. Va en el séquito de un embajador—el conde de Tornielle de Geberviller—que lleva el encargo de anunciar al Papa el advenimiento del nuevo duque de Lorena, Enrique II. Una vez en Roma se hace discípulo del grabador francés Felipe Thomassin, pero galantea a la esposa de éste y tiene que abandonar el taller.

Marcha a Florencia, aquel alma vagabunda. Allí hace un alto mayor; pasa once años, a partir de 1611, auxiliado por Cosme II de Médicis y trabajando con Julio Parigi. Fué por entonces cuando grabó las 15 planchas de las exequias de Margarita de Austria. Los ricos, los cortesanos y los príncipes se disputan su trabajo. Hace los Caprichos (*Caprici di varie figure*) y Los jorobados (*Varie fi-*

gure Gobbi), con los cuales llega al apogeo de su fama.

Pero muere su protector Cosme II y levanta otra vez el vuelo. Se casa (1625) con Catalina Kuttinger; marcha a Bruselas. Allí graba las seis láminas del *Sitio de Breda* para la infanta Isabel Clara Eugenia. Va luego a París (1629) y trabaja para Luis XIII hasta 1631, muriendo el año de 1635 después de ver ocupada su tierra por el enemigo.

Las obras de Callot reflejan vivamente lo azaroso de su existencia y de su época al mismo tiempo que el boato fantástico y ligero de las cortes en que se movió. Sus tipos son: príncipes, hampones, gitanos y vagabundos, cómicos, militares fantasmones, campesinos y hombres de placer. Llenan estas siluetas *Las pequeñas miserias de la guerra*; *Los ejercicios militares* y *Los bohemios*.

Es curioso que nuestro Goya se viese sugestionado, por temas muy semejantes, dos siglos después. Ambos pintaron *Caprichos*, *Pequeñas miserias* (Callot) o *Desastres de la guerra* (Goya), y si el nuestro no grabó *jorobados*, en serie, grabó multitud de brujas y de seres contrahechos o fenomenales.

Pero si coinciden en los títulos y temas, no hay un espíritu común entre ellos. Callot es alegre, irónico, funambulesco. Tiene el arte que le corresponde al hombre activo, errante y audaz. No

profundiza en los datos que el mundo real le ofrece. Los miraba, sonreía, y trasladaba el gesto, el tipo, la postura, dando a la línea el esguince irónico de su boca sonriente. Son apuntes rápidos, pero justos, muchos de sus grabados; o escenas complicadas, ricas en detalles movidos y burlones. Graba también asuntos religiosos, pero sin profundidad de sentimiento. A él lo que le preocupa es la visualidad. Por esto es el *ilustrador* por excelencia.

Su ascendencia artística, su genealogía, hay que buscarla en Flandes y en Italia a la vez. El Bosco y Brüguel le ofrecen la visión irónica; Italia la plasticidad, la armonía de líneas y masas y el sentido teatral, decorativo y hasta barroco.

Callot empieza grabando al buril y, más tarde, se hace aguafuertista. Pero nunca llega a las matizaciones de luz de Rembrandt. Siempre es más duro; siempre se ve al burilista.

La posteridad le mira como al gran *ilustrador*, y se deleita mirando esas pequeñas y características figurillas cuyas movidas por un extraño y nuevo resorte.

J. MORENO VILLA

BIBLIOGRAFÍA.—*Jacques Callot* de PIERRE-PAUL PLAN. París 1911; obra fundamental. *Jacques Callot*, HERMANN NASSE, Leipzig, Klinkartn. Biermann. Obra menos voluminosa, pero suficiente. *Jacques Callot*, ED. BRUWAERT, París, Henri Lauzens; monografía de vulgarización.

LOS GALICISMOS

III Y ÚLTIMO

HEMOS visto cómo la ingerencia de la cultura francesa en la Península hizo posible la introducción de galicismos en nuestro idioma, ya en épocas bien remotas. Tal influencia, en condiciones y con intensidad diversa, ha seguido actuando sin interrupción a través de nuestra historia, produciendo siempre efectos lingüísticos. Fijémonos ahora en estos últimos para poner término a las presentes disquisiciones. Citaré galicismos de la Edad Media y luego de la época Moderna.

Una de las formas más fáciles de adoptar extranjerismos ha sido siempre la traducción de obras al español. He aquí un curioso ejemplo. En el siglo XIV se tradujo del francés el *Roman de Troie*, uno de cuyos versos dice:

“e maint felon jaían ocist”,

que vuelto al castellano es:

“et mató muchos jayanes”, (1)

Así pues, la palabra *jayán*, que se en-

(1) V. Solalinde, *Revista de Filología*, III, 1916, p. 160

cuentra en el *Quijote* y aún se usa en la literatura, es de origen francés y deriva del latín *gigantem*; el ant. *jaiant* ha evolucionado hasta el moderno francés *géant*, pero nosotros guardamos en nuestro vocablo la huella indeleble de aquella forma medieval y de su pronunciación.

Este ejemplo nos demuestra cómo en galicismos antiguos se conserva el dip-tongo *ai* del francés medieval, pronunciado luego *e* en francés moderno. Hoy se pronuncia *le* el francés *laid* "feo"; pero en el castellano de la Edad Media se decía *laido*, que además de "feo", significó "triste":

"Cuando vió sus parientes que tan laidos andaban, pesol de corazón." *Libro de Alexandre* (siglo XIII), copla 593.

En el mismo caso se encuentra *lacayo* (del fr. *laquais*), *mortaja* "muesca" (del fr. *mortaise*), y varios otros.

Hay palabras que los diccionarios derivan del latín, pero que evidentemente son de origen francés. Así acontece con *perejil*. El latín tomó del griego la voz *petroselinum* que significaba algo así como "perejil que vive en rocas o piedras", y que en castellano sólo podía haber dado *pedrosilino*, palabra que no existe. En francés antiguo encontramos *perresil*, derivado normalmente de aquella palabra latina, (compárese *petra*: *pierre*), y del fr. *perresil* provienen el español antiguo *perexil*, mod. *perejil* y el gallego *prijel*.

Prescindiendo del interés puramente lingüístico, hay en los galicismos vestigios concretos de las condiciones históricas a que aludimos en el artículo anterior. Muy importante para los peregrinos eran los lugares de albergue y hospedería; probablemente a eso se debe el origen francés o provenzal de toda esta serie: *hoste*, *hostería*; *hostal*, *hostalaje*, *hostelero*. La mayoría de estas formas se han anticuado; *hoste* procede del fr. *hoste*, y éste del latín *hospitem*, que en español ha dado *huésped*; *hostal*, viene del provenzal *hostal* (1), y éste del latín *hospitale*, que popularmente (2) sólo podía dar *hos-*

pedal u *hosdal* en castellano. He aquí algunos ejemplos. Léese en *La vida de Santa María Egipcíaca* (siglo XIII):

En Alexandria fué María;
aquí demanda alverguía;
allá va prender *ostal* ["tomar posada"]
con las malas en la cal ["calle"].
Las meretrices cuando la vieron,
de buena miente la recibieron.

Y en el citado *Libro de Alexandre*:

Seían cuemo es derecho cada uno con
[su igual;
así seíen a tablas e mantenien *ostal* (1).

Quizá se deba a las mismas condiciones que determinaron la introducción de *hoste* y *hostal* el que penetrara aquí una palabra como *jamón*, aparentemente tan española. Ya se encuentra en textos del siglo XIII, como el *Alexandre* (manuscrito de París, copla 2.050):

Mandó luego entrar delante los peones,
con destraes agudos e buenos segurones,
dar a los elefantes, cortarles los *jamones*.

Para probar que esta palabra es un galicismo hay que emplear idéntico método al que utilizamos en el artículo precedente al estudiar la voz *jaula*. No sabríamos qué etimología dar a *jamón* si no supiésemos que en francés existe *jambon*; ambas son una misma cosa, con la sola diferencia de que *mb* se ha reducido a *m*, según es propio del castellano, el cual, de *palumba*, en latín, ha dicho *paloma*; de *lumbu*, *lomo*, etc. En francés, *jambon* es un derivado de *jambe* "pierna"; de modo que la palabra legítimamente española, en este caso, es *pernil*. La etimología de *jambon*, *jamón* es *gambone*, derivado de *gamba* o *camba*, palabra tal vez celta; de esta última forma (sin mediación del francés) viene *cama*, "pieza del arado" (2).

Otra de las importantes vías por donde se han introducido los galicismos, son los viejos puertos de Castilla: Hay un curioso manuscrito del siglo XIII titulado: "Remembranza de todas las cosas que deben dar peaje en Santander, en Castro

(1) En francés antiguo es *hostel*, mod. *hôte*; esta última palabra ha vuelto a introducirse en español.

(2) Es decir, transmitido oralmente de una a otra generación. No hablamos de palabras doctas que entraron por los escritos.

(1) Así se sentaban en la mesa y vivían en el hospedaje.

(2) En leonés *cambizo*; en este dialecto se conserva, el grupo *-m b-* primitivo, pues se dice *lombo*, *lamber* etc.

d Ordiales, e en Laredo, e en Sant Vicent de la Barquera" (1). El siguiente pasaje da idea de la intensidad del comercio de paños franceses en España durante la Edad Media:

"Paños de Gant e de Doay et de Ipre, planos et viados de Ipre reforzados... et paños blancos de Parelíngas et de Lila et de Mosterol planos et de Abovilla et paños planos de Roan... et de Cambray... et plumas de Amiens. Todos estos paños deben dar de peaje 5 sueldos et 3 dineros la pieza."

Véase, por otra parte, cómo nos ilustra sobre las importaciones francesas en España el libro de *Cuentas de la casa del rey don Sancho IV* (2); entre otras muchas noticias leemos:

"A 12 días de febrero metió al regno Per Picart 12 millones de agujas et tres millares de anzuelos para truchas et una grossa ["gruesa"] de grafios de fierro." Es decir que nuestra dependencia del extranjero en la producción de objetos manufacturados no data de ayer, precisamente. En la lengua quedan rastros de esa influencia comercial; la palabra *gonce*, (mod. *gozne*) procede del francés antiguo *gons* (latín *gomphus* "clavija"); *charnela*, del francés *charnière* (lat. *cardinaria*); etc.

En fin, hay bastantes más galicismos que proceden de la Edad Media y que sería largo enumerar: *jardín* (en lugar de *huerto*); *sargento*, del francés *sergent*, que deriva del latín *servientem*. De manera que en la Edad Media *sergente* significaba meramente "criado":

Sicorio, un buen omne, rico e valiado, avie una *sergenta* que fazie sue mandado.

Berceo, *Vida de San Millán*.

Al acabar la Edad Media se amengua notablemente la influencia francesa, lo que no es decir que desaparezca. Los lienzos seguían trayéndose de Francia y del condado de Flandes, según resulta de las Cortes de 1555 (3). La literatura sigue

reflejando la presencia de peregrinos, pediguñeros o industriales franceses. "Antes que hiciesen sus paradas, cantaban a bulto como *borgoñones* pordioseros", dice *La pícaro Justina*. El refranero de Correas (siglo XVII) habla de "Un *romeo franchute* con su calabaza llena". Quevedo habla de los franceses que vienen vendiendo peines, cuchillos y baratijas; y en el teatro hay frecuentes alusiones a ello. He aquí una de *Los celos de Rodamonte* de Rojas Zorrilla:

En el camino encontré
una tropa de gabachos
que iban a la pobre España
de este modo concertados:
la mitad de ellos llevaban
cuchillos, y no sé cuantos
iban a afilar cuchillos.

Muchos de estos cuchillos se hacían en Bois-le-Duc, llamado por los españoles Bolduque; y de aquí el nombre *belduque* que los americanos dan a cierto género de cuchillos. Nosotros nos hemos limitado a llamar *balduque* a la cinta usada en nuestras castizas covachuelas.

De esta época deben provenir *mar-chante*, del francés *marchand*, muy extendido hoy en Andalucía con el significado de "tratante, negociante"; el andaluz Mateo Alemán aún emplea la palabra castiza *mercante* (1). Las damas del siglo XVII usaban un zapato de alto tacón llamado *ponleví*, derivado del francés *pont-levis*, pues, en efecto, por su forma, aquellos zapatos semejabán a un puente levadizo. Antes de llegar al siglo XVIII, época en que el galicismo adquiere un enorme incremento, habían entrado galicismos bastante crudos en nuestra literatura, lo que demuestra una vez más que no debe pensarse que el gran influjo francés arranca precisamente del reinado de Felipe V. Escribe Bances Candamo, dramaturgo del reinado de Carlos II:

que aunque yo a brida batida
he venido hasta tus plantas
a traerte la noticia (2),

deformando curiosamente la frase fran-

(1) Publicado (aunque no muy exactamente) por R. Amador de los Ríos, como apéndice a su obra *Santander*.

(2) Según una copia del siglo XVIII del manuscrito del siglo XIII.

(3) Sempere. *Historia del lujo*, II, 36.

(1) *Guzmán de Alfarache*, edic. Rivadeneyra, III, 195 b.

(2) *La restauración de Buda*, edic. 1722, p. 121.

cesa à *bride abattue*, y sacrificando el tradicional "a rienda suelta".

El siglo XVIII es, empero, la gran época del galicismo, según acabo de decir; a su estudio debía haber dedicado en realidad el mayor espacio, sino hubiese preferido insistir sobre los aspectos menos vulgarizados de la cuestión. En el siglo XVIII gracias a la dinastía borbónica y a la hegemonía, entonces universal, del genio francés, el galicismo penetra por cien caminos distintos. De esta época datan la mayoría de los galicismos que aún tienen curso entre nosotros; los tecnicismos del Ejército: *batallón*, *retreta* (*retraite*) en vez de *queda*; *brigadier*, *forragera*, etcétera; prendas de vestir: *pantalón*, *chaqueta*; la acentuación *papá* y *mamá* en vez de la tradicional *papa* y *mama*, arrinconada en los campos. Desde entonces hasta la actualidad puede decirse que no ha decrecido su vitalidad. Durante el siglo XIX el galicismo acosa a los escritores. Mesonero Romanos llega a escribir: "un pantalón que designaba la musculatu-

ra" (1), por influencia sin duda de *dessiner*. La sintaxis sufre también la influencia: "embajador cerca de la Santa Sede", por recuerdo de "ambassadeur près de". Las imágenes, los giros calcados en el francés dan una amplitud al galicismo como nunca la tuvo. Antiguamente se trataba sólo de voces aisladas en mayor o menor número, pero modernamente, el galicismo ha invadido la zona más delicada y compleja del idioma, y el espíritu purista o académico, con todas sus ridículas pretensiones, será impotente para encauzar esta manifestación del moderno internacionalismo. El remedio a este mal, si es que se trata de un mal, no se logrará nunca con una actitud patrioter, la más pueril e ineficaz de las que cabe adoptar ante el fenómeno del galicismo.

AMÉRICO CASTRO

(1) *El romanticismo*.

Prohibida la reproducción de textos y grabados.

CONCEPTO HISTÓRICO DE LA GRANDEZA Y LA DECADENCIA DE ESPAÑA

No concibiéndose la existencia de una sociedad política sin la de una fuerza que la sostenga, y siendo en nuestros Estados actuales el ejército la manifestación de esa fuerza, la idea de una monarquía española señora de todos los Estados que heredó Carlos V de sus antecesores paternos y maternos y que transmitió él a sus descendientes, no podía menos de ir unida a la de la existencia de un ejército que fuera su brazo armado. Supónese, pues, que hubo un ejército español que tras de una serie de victorias que llenan los anales del siglo XVI y buena parte del XVII, fué arrastrado a partir de la batalla de Rocroy, en que sufrió un revés glorioso, por el movimiento general de decadencia a que obedecía la sociedad toda entera.

Tan fantástico es ese ejército español

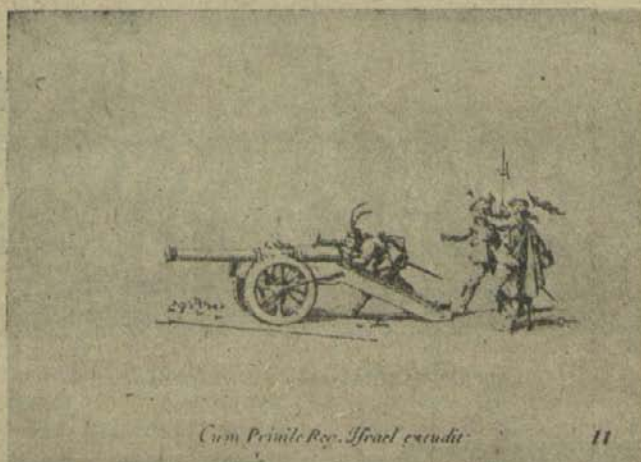
como aquella monarquía española. Fuera de los famosos cuerpos de genizaros de los sultanes turcos y de los rudimentarios organismos armados que venían ensayando los reyes de Francia desde Luis XI, nada hubo en el siglo XVI semejante a lo que llamamos hoy ejércitos. En Francia comenzó a haberlos con el carácter que al presente en todas partes se atribuye a tales organismos, en el reinado de Luis XIV. El de España tiene próximamente el mismo tiempo que el verdadero reino de España: nació en 1710, y así consta de modo preciso por los decretos que para su creación se expidieron. Y entiéndase que hablo de ejércitos permanentes, no de ejércitos nacionales. Estos son aún más modernos.

Antes de mediados del siglo XVII o principios del XVIII había, sí, ejércitos,

JACOBO CALLOT



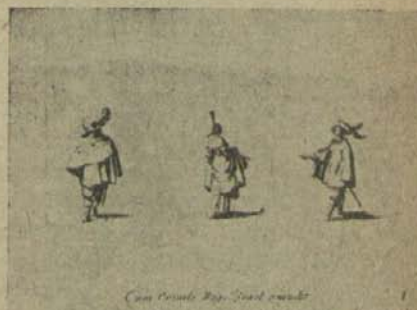
«UN JUICIO DE GUERRA». Tomado de «Los grandes horrores de la guerra».



«ARTILLEROS». De «Los ejercicios militares».



«SOLDADOS». De la misma serie.



«TERCETO». De la serie «Fantasías».

JACOBO CALLOT



DE «LAS DANZAS»



DE «LAS DANZAS»



«LA VANGUARDIA. Tomada de «Los Gitanos».



«ESTUDIOS AL LÁPIZ», para «Los Caprichos».
Oficinas, Florencia.



«LA FLAGELACIÓN» Viñeta de la
«Pequeña Pasión».

y desde el punto de vista puramente militar harto mejores que los de tiempos posteriores; pero no permanentes, sino reclutados y organizados expresamente para cada guerra y disueltos o licenciados al terminarse; y nada tenían de nacionales, sino que eran personales de los reyes, príncipes, repúblicas o entidades, cualesquiera que fueran, que los levantaban y pegaban, y solían componerse de gentes de muy diversas naciones y procedencias.

Menudeaban tanto las guerras en los tiempos de que estamos tratando, que nunca faltaban ocasiones en que emplearse a los que se dedicaban al oficio de las armas. No era la profesión militar una institución del Estado ni una penosa obligación como hoy, sino un oficio libre que se aprendía como cualquiera otro, y que porporcionaba un modo de vivir azaroso y arriesgado ciertamente, pero preferible, para la gente de condición inquieta y díscola y poco inclinada al trabajo, a la vida pacífica, laboriosa y monótona de la sociedad civil. Estaba esa profesión, por otra parte, mucho mejor retribuida que hoy, y brindaba oportunidades de prosperar y de enriquecerse no muy conformes, ciertamente, con la moral cristiana, pero sí con la ancha de aquellos siglos rudos y con la aún más ancha de los aventureros que formaban los ejércitos.

Había pueblos como los suizos, los albaneses, los alemanes, los croatas, los vizcaínos, los gascones y otros, que tenían preilección por la milicia y formaban bandas organizadas con sus capitanes, maestros o coroneles, que se contrataban para pelear, como se contratan hoy para dar funciones las compañías de cómicos, acróbatas y toreros. Además, aventureros de todas procedencias se enganchaban a sueldo de este o el otro príncipe, sin preocuparse más que aquellas bandas armadas de la justicia o injusticia de la causa que se obligaban a defender ni de quienes pudieran ser los enemigos con quienes tuvieran que combatir.

Así vemos un ejército formado de alemanes, luteranos en su mayor parte, de españoles católicos y de italianos, todos ellos a sueldo de Carlos V, y mandados por un príncipe francés—el condestable

de Borbón—asaltar y saquear a Roma; a otro ejército de alemanes, ingleses, flamencos, italianos, españoles y borgoñeses a sueldo de Felipe II y mandados por un príncipe italiano—el príncipe Filiberto de Saboya—combatir en San Quintín contra el ejército del rey de Francia, compuesto en su mayor parte de alemanes y gascones y de los hombres de armas, o sea de los grandes señores y caballeros franceses que componían su célebre gendarmería; a otro ejército de alemanes, españoles, flamencos e italianos, a las órdenes de dos italianos—los marqueses de Pescara y del Vasto—de un flamenco—el virrey Carlos de Lannoy—, de un francés—el condestable de Borbón—, y de un español—Hernando de Alarcón—, combatir en Pavía contra el de Francisco I, compuesto de alemanes, suizos, gascones y los príncipes, grandes señores y caballeros franceses que componían la dicha gente de armas o gendarmería, único elemento propiamente nacional que entraba en los ejércitos de los reyes de Francia y que constituía su núcleo. El ejército con que combatió Carlos V contra los príncipes luteranos de Alemania era un verdadero mosaico de alemanes, bohemios, españoles, flamencos, borgoñeses, italianos y húngaros; y de elementos aún más heterogéneos estaban formados los ejércitos imperiales que mandaban Tilly y Wallenstein en la célebre guerra de Treinta Años.

Ni las victorias ni los reveses de los ejércitos de esos tiempos pueden cargarse en cuenta a nación alguna, sino a las armas de los príncipes, repúblicas, sectas o partidos contendientes. La reputación militar de los pueblos de entonces se fundaba en las cualidades de los naturales de ellos que formaban los tercios, coroneías, regimientos o bandas que militaban a sueldo de los soberanos beligerantes, no en las victorias que ganaran o en los descalabros que sufrieran las causas de esos mismos soberanos. Con nadie sostuvo guerras la Confederación suiza en los siglos XVI y XVII, y, sin embargo, los suizos tenían fama muy bien ganada de soldados de primer orden. Los tercios de infantería españoles pasaron por pocos menos que invencibles durante todo el

siglo XVI y buena parte del XVII; los lansquenets y los reîtres alemanes gozaban también de muy alta reputación como soldados de a pie y de a caballo, aunque se les tildaba de indisciplinados; de los vizcaínos, decía el Gran Capitán que los conocía muy bien de las guerras de Italia, que antes que a ellos prefería mandar a demonios, tales eran de discoloros e ingobernables; los gascones tenían fama de muy buenos hombres de guerra, desde el siglo XIV; los albaneses, de a caballo, llamados generalmente estradiotas, los húngaros, como soldados de caballería ligera, y los croatas como combatientes de a pie, estaban también muy bien reputados.

Sólo las conquistas de América pueden con toda razón calificarse de españolas, y no porque las efectuasen ejércitos de España, sino por ser españoles los aventureros que por su propia cuenta y riesgo las emprendían. Todavía sería más propio llamarlas castellanas, no por la provincia, sino por la corona de Castilla, bajo cuya autoridad suprema hacían esos aventureros sus expediciones y de cuyas provincias eran los más de ellos naturales. Pero de ninguna manera puede, en justicia, aplicarse el mismo calificativo de españolas a las guerras y empresas a que la política general, o los intereses religiosos, o sus pretensiones sobre tales o cuales territorios obligaban a nuestros soberanos en Europa; pues aun prescindiendo de que no procedían en ellas a título de reyes españoles, sus ejércitos se componían de gentes de muy diversas naciones, en que si bien es cierto que había comúnmente españoles, era siempre en muy corto número. Llamar españoles a ejércitos en que entraban los soldados españoles en una quinta, sexta o décima parte, es una licencia inadmisible, por más que en algunas ocasiones con su valor y su pericia decidieran la victoria o tuvieran gran parte en ella. Es positivo que en los siglos XVI y XVII nunca llegaron a veinte mil, entre todos, los españoles que militaban en los ejércitos que combatían a sueldo de nuestros reyes. Tan error histórico es, pues, suponer la existencia de esos dichos siglos de un reino de España, y mucho más la de un

dominio de ese reino sobre Estados europeos que habían recibido nuestros reyes por herencia lo mismo que los peninsulares, como la de un ejército español que, según nuestros puntos de vista presentes, pueda ser considerado como brazo armado de ese supuesto reino y al cual deban atribuirse éxitos o fracasos que propiamente pertenecen a las armas y a la política de sus soberanos.

Tan lejos estaban de ser nacionales los ejércitos de esos tiempos y tan desemejantes eran a los actuales, que en todas partes se consideraba su presencia como calamitosa. Sólo se veían cuerpos de soldados donde había guerras; y cuando la necesidad obligaba a darles paso por ciudades, villas o lugares poblados, se adoptaba toda clase de precauciones para moderar, ya que no fuera posible evitar, las muertes, robos, atropellos y violencias de todo género que cometían. El acantonamiento en los campos y aldeas de Cataluña de las tropas que habían de operar en la guerra del Rosellón, provocó la terrible rebelión de los catalanes en 1640, que tan a punto estuvo de ocasionar a Felipe IV la pérdida de esa provincia.

Si el cimiento sobre que descansa esa máquina colosal de la grandeza de España—la existencia de un Estado político de ese nombre y su soberanía sobre otros de Europa—resulta ser una creación de la fantasía; si los ejércitos con que ese supuesto Estado ejerce su autoridad y su fuerza, así como sus victorias y sus reveses tampoco son nuestros, ¿qué queda de realidad en toda esa grandiosa concepción que tanto nos halaga y que tanto deprime al mismo tiempo nuestro ánimo al compararla con nuestro presente estado de abatimiento? Para la sociedad política de que formamos parte, para este Estado llamado España, compuesto no de toda, pero sí de la mayor parte de ella, y cuyo verdadero principio está en el reinado de Felipe V, en los albores del siglo XVIII, absolutamente nada.

Pero una cosa es el Estado español, el reino de España, y otra muy distinta el pueblo de España, la raza hispana, que dividida en los Estados políticos que se quiera y sólo agrupada toda ella en uno sólo durante el para la Historia breve pe-

río de poco más de un siglo comprendido entre el reinado de Leovigildo y el de Rodrigo, ha llenado el mundo con su fama, ocupando en la Historia, como los griegos, los árabes, los israelitas, los germanos y otras naciones, un lugar muy desproporcionado con la extensión y fertilidad de los territorios que fueron sus primitivos asientos, con su población o con su riqueza.

La errónea interpretación que por virtud de la evolución política de los últi-

mos siglos ha venido a darse a palabras como nación, pueblo, raza y otras análogas confundiendo su significado y subordinándolo al mucho más estrecho de las de Estado o sociedad política, es causa de muchos errores en los juicios sobre los hechos de la Historia.

CRISTÓBAL DE REYNA

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LA VAJILLA DE NUESTROS ABUELOS

EN nuestro Museo Arqueológico Nacional de Madrid—que, dicho sea de paso, es por muchos conceptos interesantísimo—, en la primera sala y en lugar de preferencia se ve una vitrina bastante grande completamente ocupada por una serie de vasijas de barro, todas denegridas y desportilladas y del aspecto más humilde que nadie haya podido imaginarse en una vajilla. El calificativo mortificante de *cacharros viejos* les encaja de lleno. No sólo son feos y toscos, sino que además están confeccionados con un barro deplorable lleno de impurezas, y tan mal cocidos, que por unos lados aparecen negros y por otros rojizos.

Y, por si esto no bastase, no hay uno siquiera que esté sano; a todos les falta algo. A muchos es más que algo lo que les falta, porque sólo son pedazos de vasijas cuyas formas se ignoran; lo que no impide que estos fragmentos aparezcan en la vitrina cuidadosamente colocados, para que se vean bien, y todos con su número y su rótulo correspondiente.

Siempre que paso por estos cachivaches, en mis constantes visitas al Museo, no puedo menos de dirigirles una mirada cariñosa como a viejos amigos.

¡Y tan viejos! Como que cuentan sus años por millares, y la fecha precisa de su nacimiento, completamente ignorada, se pierde allá en la consabida *noche de los tiempos*.

Unos parecen cuencos, otros escudillas, otros chocolateras de las que se usa-

ban hace un siglo, otros cazuelas y algunos tienen forma de calderas. Destácan-



se entre todos por las pretensiones artísticas que demuestran, unos cuantos que afectan la forma de copas de Champagne, y uno, pequeño, que parece una ollita. Estas son las obras maestras de la clase.

Estos cacharros forman parte de la vajilla de la era *neolítica*, la primera loza que el hombre fabricó. Son contemporáneos de las hachas de piedra pulimentada, a las que los sabios atribuyen un promedio de antigüedad de unos veinte mil años. Nadie dudará que, por su edad al menos, son venerables.

Tan desgraciados de forma y faltos como están de toda perfección técnica de la alfarería, ellos son los representantes de uno de los primeros pasos que la humanidad ha dado en la civilización, y nadie que posea alguna pieza de estas, como no sea un ignorante, se avendrá a cambiarla por una de esas porcelanas modernas, tan finas y brillantes, como no sea un ejemplar de superior calidad.

Esas vasijas representan quizá la primera aplicación práctica que el hombre dió al fuego; son también el primer testimonio que tenemos de la constitución del hogar, de la familia reunida bajo un mismo techo, y son además el primer ensayo de una industria que no sólo prác-

ticamente tan buenos servicios prestó y sigue prestando a la humanidad, sino que en ella se han llegado a hacer verdaderas maravillas de arte. Los vasos griegos, el jarrón de la Alhambra, los azulejos persas, la mayólica italiana, las porcelanas de China, el Japón, Sajonia, Sevres, todas las maravillas que el arte cerámico ha producido tienen su origen ahí, en esas humildísimas cazuelas.

Son producto de labor casera y femenina. La jefe de la familia se iba al río, cogía en sus orillas un poco de arcilla, y con ella, tal como estaba y sin más preparación, confeccionaba la vasija que necesitaba, dándole la forma que creía conveniente. Y esto a la mano, sin torno ni instrumento de ninguna clase. Después lo secaba al sol, e inmediatamente hacinaba sobre ella combustibles y le prendía



fuego. Cuando la hoguera se había extinguido, la vasija estaba terminada.

Tendría todos los defectos imaginables; pero hay que convenir en que no fueron precisos para hacerla esos mil cuidados que el ceramista moderno pone en elegir y preparar el barro, en las mezclas de éste, el torno, el horno de este o aquel sistema, la graduación de la temperatura, la clase de combustible y tan-

tos detalles más que complican hoy esa industria.

Además, en la ollita ésa y en unos fragmentos con incisiones que hay a su lado, no se ve sólo el origen de la cerámica, sino también el del arte decorativo.



La zona de franjas hechas con rayas diagonales paralelas entre sí, que decoran este vaso, dejando el resto de su panza liso, indican un instinto artístico que hay que tener muy en cuenta, puesto que sienta un principio estético que aún hoy rige; el de poner al lado de una zona rica de detalle, otra completamente vacía, para dar reposo a la vista y además establecer el contraste, base principal de la armonía. Este detalle, que parece baladí, tiene altísima importancia porque no es casual, una vez que se repite en multitud de obras de este género.

A más de esto, crearon esas formas que aparecen en los gráficos que acompañan, formas que, con muy pequeñas variantes, copiamos hoy en muchos de nuestros vasos.

Al considerar esto, hay que pensar cuán digna es de toda nuestra admiración la vajilla de nuestros abuelos.

MANUEL ANGEL

CURIOSIDADES ARITMÉTICAS

Numeración duodecimal.—Casi todos los pueblos del mundo vienen contando desde tiempo remotísimo por el sistema de numeración *decimal*, así llamado por tener por base el número *diez*. No es, sin embargo, ese sistema superior a otros. El basado sobre el número *doce*, o sea el *duodecimal*, presentaría ventajas sobre él; porque la circunstancia de contener exactamente el número *doce* a dos, tres, cuatro y seis, facilitaría todos los cálculos.

Se cree, y parece que con razón, que la adopción del sistema decimal tiene por origen el número de dedos de ambas manos; pero hay quien sostiene, como

Charles Fourier, que la cuenta por los dedos puede conducir también, y todavía mejor, al sistema duodecimal. Porque si es cierto que las manos constan de diez dedos entre ambas, también lo es que una sola de ellas tiene cinco, y que de ellos hay cuatro que constan de tres falanges cada uno, y el quinto, que sólo tiene dos, parece, por su posición opuesta a los otros, destinado por la Naturaleza a desempeñar el oficio de agente de la cuenta, o diremos de contador. Así, pues, el dedo pulgar, aplicándose sucesivamente sobre las falanges de los otros cuatro dedos, forma el número *doce*, base del sistema. La otra mano, tomando

ese número doce como unidad de orden superior, hace por su parte la misma cuenta y forma el número doce veces doce.

"La Naturaleza no nos guiaba mal en este particular—dice Abel Transon en el artículo *Aritmética* de la *Nueva Enciclopedia*—. Aquí, como siempre y como en todo, ha dispuesto las cosas de la mejor manera posible, y si se ha adoptado un sistema de numeración defectuoso ha sido por no obedecer sus indicaciones. No se ha errado sólo en no seguir los preceptos de la Naturaleza en este asunto; en cosas más importantes que la elección de una escala aritmética se han seguido también otros caminos que los que la Naturaleza ordena; ¡y así va el mundo!"

Diremos, por nuestra parte, que el haberse adoptado el sistema de numeración decimal no debió de ser sin pugna con la opinión más acertada que se inclinaba al duodecimal, y de esa pugna parecen ser reminiscencias el contar por *docenas* y por *gruesas*, que son *doce docenas* cada una, y ciertas divisiones, como la del pie en doce pulgadas, la pulgada en doce líneas y la línea en doce puntos. Pero debió de ocurrir en esta cuestión, como en otras muchas, que predominara la opinión de la mayoría, que es siempre la peor, como es notorio.

Numeración binaria.—El más singular de todos los sistemas posibles de numeración es, sin punto de duda, el *binario*; porque con sólo los dos signos 0 y 1 representa todos los números. Cada cifra a la izquierda de otra indica unidades dobles que ella; así 1 vale uno; 10, dos; 11, tres; 100, cuatro; 101, cinco; 110, seis; 111, siete; 1000, ocho; 1001, nueve; 1010, diez, etc.

Por el sistema de numeración binaria explicó el sabio Leibnitz el símbolo chino llamado *Y-king* (*Libro de las Mutaciones*), que se atribuye a Fo-hi, el legislador más antiguo de los chinos.

Compónese ese símbolo de 64 figuras, cada una de las cuales está formada por seis rayas horizontales unas sobre otras, de las cuales unas son enteras y otras partidas en dos. El tal símbolo había sido indecifrabable para los letrados chinos y para los sabios europeos, hasta que Leib-

nitz descubrió que se reduce a la serie de los 64 primeros números representados por el sistema de numeración binaria.

La raya entera es la unidad, y la partida el cero; de modo que contando de abajo a arriba, en lugar de hacerlo de derecha a izquierda, como nosotros acostumbramos, el número *uno* puede representarse por cinco rayas partidas, que son otros tantos ceros que nada significan, y una raya entera debajo de ellas en representación de la unidad, en la forma siguiente:

 000001

El número *dos*, por cuatro rayas partidas, que son ceros sin significación; debajo de ellas una entera, y otra partida debajo de todas, la cual representa un cero significativo.

 000010

El número *tres*, por cuatro rayas partidas, equivalentes a ceros sin significación, y dos enteras debajo de ellas:

 000011

El número *cuatro*, por tres rayas partidas, una entera debajo de ellas y dos partidas debajo de todas:

 000100

El número *cinco*, por tres rayas partidas, una entera debajo, una partida debajo de ésta y, por último, una entera como base de columna.

 000101

Y así sucesivamente. A la derecha de cada una de las figuras anteriores he escrito el número que representa, ordenando de derecha a izquierda las cifras y empleando los símbolos 0 y 1, como

nosotros lo haríamos si hubiéramos de escribirlo conforme a la numeración binaria.

Como se ve, todas las rayas partidas que van en la parte superior de cada una de esas figuras podrían suprimirse, pues son *ceros a la izquierda* de los números representados. Están colocadas, sin embargo, en todos ellos para igualarlos a la vista, haciendo que consten todos de seis elementos y tengan el mismo tamaño aparente.

Como en el sistema binario todos los números están engendrados por la *unidad* y por el *cero*, que es la nada, veía en él Leibnitz una imagen de la Creación, en la cual sólo intervienen Dios, por una parte, que es la Unidad, y la Nada, por otra, de la cual sacó Dios todo lo que existe. Leibnitz, satisfecho de esta idea aconsejó al padre Bouvet (*) misionero en China, que la desarrollase ante el emperador Kang-hi, a la sazón reinante, para convertirlo al Cristianismo.

El sistema binario de numeración demuestra una propiedad notable de los números: la de poderse efectuar todas las pesadas que no exijan pesos fraccionarios mediante la serie de pesos representados por los números 1, 2, 4, 8, 16, 32, etc., cada uno de los cuales es doble del precedente. Así, con los pesos 1, 2 y 4 se forman los pesos 3 igual a 1 más 2; 5, igual a 1 más 4; 6, igual a 2 más 4; 7, igual a 1 más 2 más 4; esto es, 8 menos 1.

Igualmente, con los pesos 1, 2, 4 y 8 se podría pesar hasta 15, que es 16 menos 1, y con los pesos 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128 se podría pesar hasta 255, que es 256 menos 1.

Una particularidad presenta la serie de los números múltiplos de 3, o sea la formada por los números 1, 3, 9, 27, 81, 243, etc.: la propiedad que tienen todos sus términos de poder formar, mediante

sumas o restas, todos los números enteros.

Así, con 1, 3 y 9 se pueden formar: $2 = 3 - 1$; $4 = 3 + 1$; $5 = 9 - (3 + 1)$; $6 = 9 - 3$; $7 = 9 - 3 + 1$; $8 = 9 - 1$; $10 = 9 + 1$; $11 = 9 + 3 - 1$; $12 = 9 + 3$; $13 = 9 + 3 + 1$; llegándose, como se ve, hasta 13, mitad de 26, número éste que es, disminuído en una unidad, el 27, siguiente al 9 en la progresión.

Con los números 1, 3, 9, 27, 81 y 243, puede llegarse hasta 364, mitad de 728, que es, disminuído en una unidad, el número que sigue a 243 en la serie.

Sistema positivo-negativo.—Este sistema de numeración tiene por fundamento la notable propiedad de los números de la progresión triple que acaba de mencionarse. En él, las cifras pueden indicar tan pronto cantidades que sumar (o positivas) como cantidades que restar (o negativas). Conviniendo en que la cifra que vaya marcada con una señal convenida (una rayita encima, por ejemplo) ha de ser restada con el valor que por su posición tenga, se puede escribir, según el sistema de numeración decimal, cualquier cantidad, por grande que sea, con las cinco primeras cifras y el cero. Así 6 se escribiría $1\bar{4}$ ($10 - 4$); 7, $1\bar{3}$ ($10 - 3$); 8, $1\bar{2}$ ($10 - 2$); 9, $1\bar{1}$ ($10 - 1$).

Si en vez de aplicar este procedimiento al sistema de numeración decimal, se le aplica al ternario, en el cual cada cifra a la izquierda de otra representa unidades triples que ella, se logrará escribir cualquier cantidad, por grande que sea, con los signos 1, $\bar{1}$ y 0. Las cifras 1 y $\bar{1}$ no podrán así tener otro valor que el de uno de los números de la progresión triple 1, 3, 9, 27, 81, etc. Se representará el número *uno* por 1; el número *dos* por $\bar{1}$; el *tres* por 10; el *cuatro* por $\bar{1}\bar{1}$; el *cinco* por $\bar{1}\bar{1}\bar{1}$; el *seis* por $\bar{1}\bar{1}0$; el *siete* por $\bar{1}\bar{1}\bar{1}$; el *ocho* por $10\bar{1}$; el *nueve* por 100 ; el *diez* por 101 , etc.

Se pueden expresar las identidades entre las cantidades escritas por este sistema y el corriente de numeración decimal de la manera siguiente:

$$1 = 1; 2 = 3 - 1; 3 = 3; 4 = 3 + 1; 5 = 9 - 3 - 1; 6 = 9 - 3; 7 = 9$$

(*) Joaquín Bouvet, de la Compañía de Jesús. Fué uno de los seis primeros misioneros matemáticos, que el rey de Francia Luis XIV envió a China en 1685. Se captó las simpatías del emperador Kang-hi, el cual le autorizó para edificar una capilla cristiana en el recinto del palacio de Pekín. Dejó cuatro relaciones de diversos viajes que hizo en el curso de sus misiones, y una obra titulada *Estudio presente de China* con muchísimos grabados. Había nacido en Mans en 1660. Murió en Pekín en 1732.

— $3 + 1$; $8 = 9 - 1$; $9 = 9$; $10 = 9 + 1$.

Muchos comerciantes conocen y utilizan esta notable propiedad del sistema de progresión ternaria, y repartiendo convenientemente los pesos en los dos platillos de la balanza, logran, con muy

reducido número de tipos o patrones de peso, efectuar muchísimas pesadas de las que pueden expresarse por números enteros.

RODRIGO CARO DE VALBUENA

EL ARBOLADO

QUE los árboles son los mejores amigos del hombre, los más desinteresados y provechosos, es cosa que nadie niega; así como también la necesidad apremiante de aumentar grandemente su número en nuestro país, salta por desgracia a la vista imponiéndose a la inteligencia como axioma indiscutible.

El dicho vulgar de que los árboles atraen las nubes está comprobado científicamente. El agua que recogen por las raíces y por las hojas la vuelven a la atmósfera en forma de vapor, necesitando para esto tomar de ella una buena porción de calórico; lo cual hace que a una gran altura sobre las masas arboladas se conserve frío y húmedo el aire, y que, al atravesarlo nubes cargadas de vapor acuoso, se condensen precipitándose sus gotas en la lluvia. La experiencia ha demostrado que países donde antes llovía mucho y con regularidad, ahora, por efecto de la ausencia del arbolado, cuando llueve por acumulación de vapor de agua y exceso de electricidad en la atmósfera, es de manera torrencial dando origen a devastadoras inundaciones.

El arbolado coadyuva también a la disminución de los pedriscos, de los que tantos daños se originan a los agricultores. La ciencia moderna pone fuera de duda lo que ha tiempo afirmó el ilustre físico Arago: "La tala de los montes es la destrucción de un número de pararrayos igual al número de árboles que se cortan; es la modificación del estado eléctrico de un país; es la acumulación de los elementos indispensables a la formación del granizo en una localidad, en la que este meteoro se disipa inevitablemente por la

acción silenciosa e incesante de los árboles."

Más reconocido y fácil de conocer está el papel por la divina providencia a los árboles reservado como regularizadores de la lluvia. Al chocar éstas sobre las ramas detienen su ímpetu, y no caen las gotas tan juntas ni tan de golpe sobre el suelo, el cual, esponjoso en la superficie a causa de las hojas y demás despojos que en él se depositan, y agrietado por las raíces, sobre todo cuando el tronco es combatido de los vientos, infiltra gran cantidad de agua para formar los ocultos manantiales de la tierra; y la sobrante, aunque con fuerza corra por sitios inclinados, encuentra en el arbolado óbices múltiples y no puede arrastrar la tierra laborable sostenida como con clavos por la raigambre de las plantas. Por esta causa y porque en los montes sin arbolado se conserva menos la nieve, se observa que la repoblación forestal hace brotar de nuevo manantiales que sin ella habían desaparecido y da mayor abundancia a los que se pudieron conservar, y es causa de que el caudal de los ríos no disminuya ni aumente excesivamente ni en verano ni en invierno: a la insensata destrucción de inmensas masas arbóreas se debe el que ríos como el Tajo, por donde Felipe II mandaba tropas y pertrechos de guerra desde Toledo a Lisboa, hayan dejado de ser navegables, y el que las aguas pluviales, hasta poner al desnudo las rocas, arrastren con las laderas de las montañas, el terreno de cultivo y las piedras, para producir en los valles y vegas cuantiosos daños y llevar a los mares arena, que ellos rechazan más allá

de sus orillas, formando las dunas que se apoderan, y la esterilizan, de gran parte de tierra.

En las regiones donde hay poco arbolado es mucha la mortalidad, como lo es también en la época del año cuando caen las hojas.

Por muchos modos cooperan los árboles a la salud pública. Detienen los vientos fuertes, portadores de infinidad de bacterias en el polvo, el cual fijan en sus hojas. Impiden los cambios bruscos de temperatura, tan perjudiciales; pues durante el día, transpirando, absorben gran parte de calor, y en la noche, con sus copas y con la humedad que a la atmósfera transmiten, ponen obstáculos a una irradiación rápida. Desecan los terrenos encharcados, donde se forman tantos gérmenes morbosos, y con sus raíces, que prodigiosamente se extienden y se multiplican, recogen, a medida que se forman, los productos de la descomposición de materias orgánicas en el agua del subsuelo antes que lleguen a corromperse en daño de la salud. Verdaderas máquinas transformadoras, bajo la acción de la luz los vegetales—que respiran a la inversa que nosotros—, descomponiendo el anhídrido carbónico de la atmósfera, toman y retienen el ácido carbónico, perjudicial a la respiración de los animales, y exhalan el oxígeno, sin el cual no podemos vivir, y el ozono, que quema infinidad de microbios dañosísimos. Sustráen también del aire el amoníaco, y el óxido de carbono, y lo enriquecen con materias aromáticas, con esencias balsámicas y gases respirables. Por eso se consideran los parques como los pulmones de las urbes, en cuyas calles y caminos se plantan cuantos árboles es posible; y los sanatorios se levantan en terrenos arbolados, y tanto a los enfermos se recomienda la vida campesina.

Países que la Historia alaba por lo dulce, benigno y saludable de su clima, apenas pueden ser habitados desde que se los despojó de gran parte de sus plantaciones. Datos estadísticos respecto de Francia, que pueden aplicarse a los demás países, demuestran que la población disminuye más en las comarcas forestalmente despobladas.

Bienhechor el más providente, amigo el más desinteresado, el árbol trabajaba en favor nuestro cuando la humanidad aún no existía. Era poco darnos tablas que, unidas, nos valdrian de corcel para saltar sobre las olas y juntar los continentes, que pondríamos en comunicación recorriendo la superficie del abismo de los mares; y fibras para hacer el papel donde fijáramos el pensamiento; y troncos para sostener los hilos por donde, en alas de la electricidad, vuela la palabra con la rapidez del rayo del uno al otro confín del orbe, estando en relación constante así la humanidad entera. Sin la hulla y demás carbones de piedra, generadores del vapor, la civilización no hubiera alcanzado su actual prodigioso crecimiento. Cuando por la subida temperatura del globo no era posible vivir en él los animales, las plantas contribuyeron a hacerla bajar recogiendo una parte del calor, con el que aumentaron en proporciones gigantescas su propia sustancia para entregárnosla, a través de los siglos, al desenterrarse sus cadáveres petrificados, bajo la forma de carbones minerales.

El mismo oficio de regulador del calórico ejerce el árbol en nuestros días. En el verano se desarrolla a expensas del excesivo calor y lo guarda en su leña; en el invierno, con el fin de no privarnos de él, no lo absorbe, aunque así suspenda el propio crecimiento, y nos ofrece, además, tronco y ramas con que calentar nuestros hogares. En los climas cálidos conserva perennemente sus hojas para tener el suelo fresco, y en los otros se despoja de ellas durante la estación invernal dejando paso a los rayos del sol.

Desde que, al salir del seno de nuestra madre, cuatro tablas nos recogen en forma de cuna, hasta que, al salir del mundo, cuatro tablas en forma de ataúd nos recogen en el seno de la madre tierra, no cesamos de utilizar los servicios del árbol, el cual, si vivo emplea todas sus funciones vitales para beneficio nuestro, al morir nos lega todo su ser. Tallos, hojas, ramas, raíces, savia, frutos, corteza, madera... todo lo que tiene, y gana y progreso es para nosotros. Sin salir de

casa nos admirará, con sólo echar una ojeada en derredor nuestro, que la industria pueda utilizarle para tan múltiples usos y tan provechosas aplicaciones.

Los pájaros, que alegran oído y vista con sus cánticos y plumaje, que son el mejor insecticida, verdaderos policías de los campos, auxiliares indispensables del agricultor, purificadores imprescindibles del aire, ¿podrán existir en abundancia si les falta el arbolado?

Se ha observado que los árboles modifican hasta el carácter de las personas. Allí donde abundan, dulcificando el clima, suavizando el ambiente, contribuyen a que los genios sean pacíficos, formales, laboriosos y dóciles; mientras que, donde faltan, suelen ser los temperamentos arrebatados, indómitos, duros e inconstantes, reflejando la aridez de la tierra y las violentas variaciones de la atmósfera.

El arbolado en España no es algo de cuyo aumento, aun considerado muy útil, podamos prescindir por tener lo que necesitamos sin que sea preciso remediarlo con acudir a extraña ayuda. Nada menos que setenta millones de pesetas salen de la patria cada año para compra de madera. Si a ello se suma que en otros tiempos vendíamos productos de árboles a razón de cien millones anuales, se deduce la gran pérdida a que nos han condenado nuestra incuria y las injustificadas talas de nuestros antecesores. Que la repoblación sería un negocio, lo prueba el que hay varias compañías y entidades a este objeto dedicadas. Cada árbol que se planta representa cantidad que se deposita en una caja de ahorros; sin apenas trabajo ninguno nuestro, va creciendo y engrosando, para proporcionarnos su madera, que cada día aumenta de valor.

Los árboles, que colocados en las carreteras agradan a la vista y dan sombra al caminante, puestos en las orillas de los ríos fijan sus márgenes y estorban que, cambiando de lecho, produzcan

enorme daño en las riberas. Con la humedad que retienen de la atmósfera, prestan frescura al suelo y facilitan la formación de prados, base de la riqueza pecuaria tan abundante en nuestro país otros siglos. La repoblación de terrenos incultos o poco a propósito para el cultivo intensivo aumentaría notablemente la riqueza española; y, al redimir de la miseria a las gentes campesinas, restaría a la emigración muchos brazos útiles a la patria.

De los cincuenta millones de hectáreas del suelo español, más de la mitad sólo es buena para árboles. Parte de ésta se dedicó a la explotación agrícola, sin atender a que exige otras condiciones que el sobrio cultivo forestal; y a las pocas cosechas, esquilma la tierra y agotada su fertilidad, hubo que abandonar el inútil y costoso trabajo. Páramos, eriales y estepas van invadiendo el territorio de la Península, al que urge libertar de huéspedes tan dañinos.

Por todo ello, es imprescindible activar la propaganda y ganar la opinión en pro del arbolado. Los postulados de la ciencia deben formar parte de la sabiduría popular. Lo que se halla escrito en la legislación no ha de permanecer allí para estudio de eruditos. Las leyes españolas en defensa del arbolado eran rígidas y muy bien concertadas, tanto como razonables. Sin embargo, no estorbaron su destrucción, porque les faltaba el apoyo del pueblo al cual iban dirigidas. Es lo que decía el clásico latino: *Quid leges sine moribus*. Importa, pues, mucho favorecer los designios y las ordenanzas del Gobierno, conformes en esta parte con el bien común, exponiendo claramente al pueblo los beneficios de conservar y aumentar nuestra riqueza arbórea.

✠ ANTOLÍN LOPEZ PELAEZ

Arzobispo de Tarragona.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

“CASA EDITORIAL CALLEJA”

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTON LEROUX

RESUMEN DE LOS FOLLETINES ANTERIORES: *Un académico francés, Francisco Gaspar Oroux, y su sobrino Raimundo, llegan al puerto del Callao. Va el primero con una misión científica, a estudiar las antigüedades incaicas: al joven, ingeniero, más que el interés de su profesión, le lleva al Perú su amor por María Teresa, hija del marqués Cristóbal de la Torre, a la que conoció en París, donde ella se educaba. Vuelta al Perú, al morir su madre, se pone al frente de una explotación de guano, que dirige con claro talento mercantil, mientras el bondadoso marqués, harto poco aficionado a quehaceres materiales, se dedica a vagos estudios históricos. Corre el ingeniero, dejando a su tío desembarcar con su impedimenta, en busca de María Teresa, a quien encuentra en su oficina. Por una colisión con los obreros chinos, acaba de despedir a sus empleados indios, el principal de los cuales, Huáscar, que pertenece a la casa desde los tiempos de la madre de María Teresa, es muy respetado por todos. Salen los jóvenes hacia el puerto para recoger a Francisco Gaspar, y María Teresa, por precaución, da aviso al inspector de policía de la marcha de los indios, cuya ausencia se advierte por todas partes. Pero se justifica por la proximidad de la fiesta del Interaymi, que los quichuas celebran cada diez años y que a la sazón tiene inactivos al ejército presidencial y a los revolucionarios del pretendiente García, porque uno y otro emplean tropas indias. Llegados al puerto, encuentran al académico francés.*

Van juntos a Lima, y sigue preocupándoles la ausencia de indios. En una calle les corta el paso Huáscar, que, ante las preguntas de María Teresa, sigue haciendo protestas de amistad. El marqués Cristóbal de la Torre, su hijo Cristóbalito y dos ancianas, la tía Inés y la dueña Irene, reciben a los viajeros. Ellas refieren a Francisco Gaspar la supervivencia de las costumbres antiguas que exigen, en la fiesta del sol, el sacrificio de una joven de la raza conquistadora, a quien por eso llaman la «Esposa del Sol». A la elegida le envían antes, misteriosamente, una pulsera. Diez años antes, desapareció en tales circunstancias María Cristina de Orellana, de una de las principales familias. En esto un criado trae, certificada para María Teresa, una cajita en que está la pulsera de «La Esposa del Sol». Nadie sabe quién la ha enviado. Creen en la broma de algún pretendiente desdichado por María Teresa; pero éstos lo niegan. María Teresa, para tranquilizar a su padre, pide a Raimundo que diga que ha sido él quien envió la pulsera. Salen luego a visitar en los alrededores unas excavaciones famosas. Son las de la necrópolis de Ancón, y entre los restos humanos que hay en ella ven tres cráneos, de extrañas formas, uno como un pilón de azúcar, otro como un capote y otro como una maletita, que son las que se imponían, desde niños, a los sacerdotes que habían de ser sacrificadores. En la fonda, María Teresa, cree ver, al quedarse a solas en su habitación, los tres cráneos, sobre personas vivas, tras los cristales de su cuarto. Arroja al mar la pulsera del Sol, pero al otro día se despierta, horrorizada, con la pulsera otra vez en el brazo: una criada india dice que la halló en la playa y se la puso de nuevo a su señorita, que ya no se despierta de ella. Deciden pasar, embarcados primero y después en ferrocarril, a Cajamarca, con gran entusiasmo de Francisco Gaspar, que anhela ver la antigua ciudad inca. Un viajero, de tipo indio, pero vestido correctísimamente a la moda, trata conversación con ellos: es Huayna Capac Runtu, descendiente de los incas, y empleado a la sazón en el Banco franco-belga de Lima, que va a la fiesta del Interaymi. Contemplando el paisaje, evoca la época de la conquista, en que un antepasado del marqués, a los órdenes de Pizarro, luchó con los antepasados suyos. El diálogo está a punto de hacer que vengan a las manos el indio y el marqués, cuando el tren llega al extremo de la línea. Hay que acampar de noche, para terminar a lomo de mula el viaje hasta Cajamarca. El indio desaparece, pero a media noche María Teresa le sorprende en coloquio con Huáscar, cuya presencia allí no sospechaban. Al otro día, de camino Huayna Capac vuelve a unirlos y lo explica por el interés ante lo peligroso del viaje, durante el cual vuelve él a sus evocaciones de la conquista.

(CONTINUACION)

— Dispense usted, señor empleado del Banco franco-belga — dijo el marqués —; ¿quiere usted permitirme una pequeña observación, una pregunta?... ¿cree usted que si el rey Atahualpa hubiese podido imaginar por un segundo que sus cincuenta mil hombres no podrían defenderle contra cien cincuenta españoles, hubiera esperado en su tienda a Pizarro y a sus compañeros? No se dirigió contra ellos porque despreciaba su debilidad... sencillamente. ¡E hizo mal, señor Runtu!

El indio se inclinó humildemente en su silla.

— Sí, señor marqués, hizo mal.

E irguiéndose en tanto que su mano señalaba una roca situada a gran altura, destacándose sobre el cielo, exclamó:

— Hubiera debido aparecer en aquellos desfiladeros, como ese jinete que aparece

por encima de nuestras cabezas, y no se hubiese llevado a cabo la insensata empresa, y “el Sol nuestro dios reinaría aún en el imperio de los Incas”.

Al decir esto, la figura del empleado del Banco franco-belga parecía agrandarse en su silla. Su gesto romántico abarcaba la mole colosal de los Andes, que parecía estar allí para servir de pedestal al indio de lo alto del picacho, que, montado en su caballo permanecía inmóvil, como una estatua de bronce. Miraba la caravana que pasaba a sus pies.

— ¡Huáscar! — exclamó María Teresa.

Y todos, en efecto, reconocieron a Huáscar. Y hasta el momento en que salieron de la primer cadena de los Andes, estuvieron viéndole, unas veces delante, otras detrás, siempre inmóvil, mientras ellos pasaban, por sobre sus cabezas, como un protector o

como una amenaza. Su alta silueta ecuestre no cesaba de dominarles y de perseguirles.

Los viajeros pasaron otra noche en tiendas de campaña, y al día siguiente llegaron al valle de Cajamarca, que hallaron embellecido con todas las galas de la Naturaleza. Dilatábase como una alfombra de verdor rico y variado, ofreciendo un contraste notable con la sombría silueta de los Andes que le rodeaban. ¡Tal debió aparecer este risueño valle ante los ojos deslumbrados de los soldados de Pizarro! En la época del "conquistador" lo habitaba un pueblo más adelantado que todos los que los españoles pudieron hallar al otro lado de las montañas, como lo probaba el lujo de sus vestidos y el aseo y la holgura de sus personas y de sus casas (1). Hasta donde la vista podía alcanzar, la llanura ofrecía el aspecto de un campo cuidadosamente cultivado. A través de las praderas deslizábase un ancho río que facilitaba el riego abundante por medio de acequias y acueductos subterráneos. El valle, cortado por setos verdescentes, aparecía cuajado de plantas diversas, porque el suelo era rico y el clima, aunque menos cálido que el de las regiones abrasadoras de la costa, favorecía aún más las ricas producciones de las latitudes templadas. A los pies de los aventureros extendíase la ciudad de Cajamarca con sus blancas casas que centelleaban al sol, semejante a una piedra preciosa que relumbrase al pie de la Sierra.

Una legua más allá, en el mismo valle, Pizarro había podido ver unas columnas de vapor que se elevaban hasta el cielo indicando la situación de los famosos baños calientes, muy frecuentados por los príncipes peruanos.

Pero en aquel mismo lugar se ofreció a los ojos de los soldados de Pizarro un espectáculo menos agradable. En las laderas de los cerros vieron una nube blanca de tiendas de campaña tan compactas como copos de nieve, que cubrían el suelo en un espacio, al parecer, de muchas millas (2). "Todos nos quedamos absortos — exclamó uno de los conquistadores — al ver a los indios ocupando tan soberbia posición, y tantas tiendas mejor dispuestas de lo que era costumbre entre los indios. Ante este espectáculo sintieron cierto sobresalto y hasta algún terror los corazones más esforzados. Pero era demasiado tarde para retroceder o para dar muestras de desaliento. Así, pues, adoptando el continente más bizarro que nos fué posible, nos preparamos a entrar en Cajamarca, luego de haber reconocido friamente el terreno."

Enardecido por estos recuerdos y exaltadísimo al verse en un paraje en el que había tenido lugar la aventura más increíble

del mundo, Francisco Gaspar, alzándose sobre sus estribos, no cesaba de saludar en términos entusiastas la Caxamarxa de sus sueños. Asesorado por Oviedo Runtu, señalaba el sitio exacto en donde esperaban Atahualpa y sus cincuenta mil guerreros. Este ejército prodigioso en aquella América descubierta por Cristóbal Colón, tan sólo cuarenta años antes de que Pizarro emprendiese su insensata conquista, este ejército formidable no asustaba a Francisco Gaspar, que parecía un conquistador y que no estaba muy lejos de creerse un héroe de la historia antigua cuando exclamaba: "¡Adelante!"

Nadie dice lo que sintió el monarca peruano al ver la belicosa cabalgata de los cristianos, con sus banderas flotantes y sus armaduras que centelleaban a los rayos del sol poniente, salir de entre las sombrías quebradas de la Sierra y adelantarse en actitud hostil hacia los hermosos dominios sólo hollados hasta aquel instante por la planta de los pieles rojas, pero sí sabemos que cuando los viajeros vieron alejarse a Francisco Gaspar arrastrado por su mula desbocada, lanzaron todos una sonora carcajada. Excitadas por las risas y las exclamaciones de alegría, todas las demás mulas siguieron a su compañera, unas al trote, otras al galope. El ruido que tras sí oía sólo servía para excitar a la montura del desdichado académico, tanto que el desenlace previsto de esta carrera no se hizo esperar.

La mula tropezó y el académico salió por las orejas, yendo a parar a unos cuantos metros de distancia. Todos se precipitaron hacia él. Cuando le rodearon ya estaba de pie. No se había hecho ningún daño, y parecía entusiasmado.

— ¡Señoras y señores — exclamó —: así es como Pizarro ganó su primera batalla!

Y explicó a María Teresa y a Raimundo, que le escuchaban sonrientes, que, en efecto, en uno de los primeros encuentros que con los incas tuvo el aventurero español, algún tiempo después de su desembarco y antes de cruzar los Andes, hallábase a punto de sucumbir ante un ejército más fuerte, cuando uno de sus soldados fué despedido de la silla. Ahora bien: fué tal el estupor de los incas — que desconocían los caballos y que, por consiguiente, ignoraban el arte de la equitación — al ver "dividirse en dos" a aquel animal maravilloso (caballo y jinete), que hasta entonces habían creído "uno solo", que abandonaron el campo gritando como locos.

Como es natural, nadie creyó a Francisco Gaspar que, sin embargo, contaba la verdad. Pero toda esta historia de la conquista del Perú es tan fantástica, que es preciso perdonar a los incrédulos que no han leído los textos auténticos conservados en los archivos de Madrid, y de los cuales había tenido buen cuidado Francisco Gaspar de sacar copia antes de embarcarse con su sobri-

(1) Xerez, *Conq. del Perú*, tomo III, p. 195.

(2) Prescott, *Historia de la Conquista del Perú*.

no para llevar a cabo el nuevo descubrimiento de América. Aún se reían de la aventura cuando llegaron a Cajamarca.

UN REGALO DE ATAHUALPA

Entraron en la ciudad al anochecer, y lo que desde el primer instante llamó la atención de todos los viajeros, fué el gran número de indios que encontraban por las calles, y su silencio.

Cajamarca cuenta de ordinario con doce o trece mil habitantes; aquella noche seguramente encerraba el doble. Por lo demás, la caravana había encontrado en el camino largas hileras de indígenas procedentes de la costa o de la montaña, que se dirigían a la Ciudad Santa, porque Cajamarca es una ciudad sagrada para los indios. Puede decirse que es la necrópolis de los Incas, y no da uno un paso por sus calles o por sus plazas públicas sin encontrar infinidad de recuerdos del antiguo esplendor del imperio desaparecido.

Fácil era adivinar, por la actitud de los quichúas que recorrían las históricas calles, que toda aquella muchedumbre se dirigía a aquel lugar en piadosa peregrinación. Y no fueron los viajeros los más asombrados, sino los habitantes de la ciudad, que no recordaban haber presenciado nunca semejante invasión. Ni aun los más ancianos tenían memoria de que la fiesta del "Interaymi" hubiera congregado nunca ostensiblemente tan inmensa multitud; hasta en la solemnidad decenal, el indio, "más bien que exhibirse, lo que hacía era ocultarse".

¿Qué significaba aquella agitación? Las autoridades estaban bastante inquietas, pero no tenían ningún pretexto para intervenir. Las escasas fuerzas de que disponían a la sazón en Cajamarca, y que habían ido a la ciudad en previsión de lo que pudiera ocurrir cuando García tremoló en el otro extremo del Perú el estandarte de la rebelión, excitando el fanatismo de los indios, habían sido acuarteladas.

Las puertas de las ocho iglesias estaban guardadas militarmente por temor a una sorpresa, porque cada uno de aquellos edificios podía ser transformado fácilmente en una fortaleza. Y por último, parte de la fuerza pública estaba formada en la plaza central, no lejos de las ruinas del palacio en donde se encuentra la famosa piedra sobre la cual fué quemado Atahualpa, el último rey inca.

Este era el eje de aquella manifestación muda, el objeto de los largos viajes de los indios a través de la montaña. Por lo menos, tal parecía ser—la visita a aquella piedra—el fin religioso que los había llevado en tan gran número a Cajamarca.

El marqués, estupefacto, recordaba con inquietud que la gran sublevación india de 1818 había sido precedida de manifestaciones análogas. ¿Serían, realmente, las fiestas del "Interaymi", que debían comenzar

al día siguiente y durar dos semanas, la señal de uno de aquellos motines populares que el Gobierno peruano creía tener motivos para no temer desde hacía mucho tiempo?

En el momento en que Cristóbal se dirigía esta pregunta, se detuvo bruscamente ante un edificio que, según anunciaba un letrero, era la Administración de Correos. E inmediatamente echó pie a tierra. Raimundo y María Teresa cambiaron una sonrisa. Al fin iban a saber el nombre del bromista que había enviado la "pulsera del Sol de oro".

Y refrenaron sus mulas, esperando el regreso del marqués con una indiferencia tal vez algo afectada.

Al cabo de cinco minutos salió el marqués de la Administración de Correos.

—Ya sé el nombre y las señas—dijo con aire preocupado.

—¿Y cómo se llama nuestro corresponsal?—preguntó María Teresa.

—¿Se llama Atahualpa!—replicó el marqués, montando nuevamente en su mula.

—¡Sigue la broma!—dijo María Teresa con voz algo alterada.

—Así parece—murmuró Cristóbal—. He hablado con el empleado que recibió el paquete postal, y que ha recordado fácilmente al remitente, porque también a él le chocó el nombre de "Atahualpa". La cajita la trajo un indio quichúa, que al ser interrogado por el empleado aseguró que Atahualpa era su verdadero nombre, lo que, después de todo, es muy posible.

—Puesto que han dado sus señas, vamos a hacerle una visita—dijo Raimundo.

—Iba a proponerlo—replicó Cristóbal.

Y espoleó a su mula, poniéndose a la cabeza de la caravana. Francisco Gaspar cerraba la marcha, sin dejar de tomar notas, apoyado el librito de memorias en la perilla de la silla.

Cruzaron un riachuelo que desemboca en un afluente del Marañón; pasaron por junto a las ruinas de San Francisco, la primera iglesia construida en el Perú, y el marqués, después de preguntar varias veces si era aquel el camino que debía seguir, condujo a sus compañeros a una plaza que hervía de indios.

En uno de los lados de la plaza alzábanse vetustos murallones que aún conservaban aspecto de palacio. Aquella había sido la última morada del último rey inca. Allí había vivido rodeado de esplendor y allí se había preparado el martirio.

Allí había habitado Atahualpa, y allí era adonde el empleado de Correos había enviado a Cristóbal de la Torre.

Arrastrada por la multitud, la caravana tuvo que efectuar una extraña evolución que la llevó al palacio, cuyas puertas franqueó sin saber cómo.

Los viajeros se hallaron en un vasto recinto lleno de indios, unos de pie, mostrando orgulosamente sus frentes de jefes;

otros, prosternados en torno de una piedra central, la piedra sagrada, la piedra del mártir.

Detrás de esta piedra, de pie en un banco, un indígena, envuelto en su poncho de un rojo brillante, un poncho que ninguno de los españoles que estaban allí había podido ver aún sobre los hombros de un indio, hablaba... y todos le escuchaban en medio de un silencio solemne.

Hablaba en indio quichúa.

Pero a la llegada de Cristóbal, de María Teresa, de Raimundo y de Francisco Gaspar, oyó una voz que interrumpió aquella especie de salmodia del hombre del poncho rojo. Y aquella voz decía:

—¡Habla en español! ¡Así todos lo entenderán!”

El marqués y María Teresa se volvieron.

El empleado del Banco franco-belga estaba detrás de ellos, saludándoles y diciéndoles que había intervenido en obsequio suyo.

Cosa extraordinaria: esta interrupción, que hubiese podido parecer sacrilega, no fué seguida de ningún murmullo. ¡Y el indio del poncho rojo habló en español!

Decía:

—En aquella época, el inca era todopoderoso y su ejército formidable. La ciudad tenía sus casas de arcilla y sus tres murallas en espiral, construidas con sillares. Era una plaza muy fuerte, y en ella había una ciudadela y un convento habitado por Virgenes del Sol. El inca hospitalario, que no temía nada y que no conocía la traición, dejó entrar a los hombres blancos en esta ciudad, que hubiera podido ser su prisión, y en donde fueron recibidos como amigos, como nobles enviados del otro ilustre emperador que reina al otro lado de los mares.

Ahora bien: también en aquella época el jefe de los extranjeros dividió su pequeño ejército en tres partes y se dirigió hacia la ciudad en son de guerra, porque no conocía el corazón generoso del inca. Entonces el inca dijo: “Puesto que recelan de nuestra hospitalidad, salgamos de esta ciudad que será para ellos un asilo y la paz volverá a sus espíritus.” Por esta razón, cuando el conquistador se acercó con sus soldados formados en batalla, nadie salió a recibirle, y recorrió las calles a caballo sin encontrar alma viviente y sin oír otro rumor que el eco de los pasos de sus guerreros.

Al llegar aquí, el hombre rojo pareció recogerse, y luego prosiguió:

—Esto sucedía ya bastante entrado el día. El extranjero envió inmediatamente una embajada al campo inca. El hermano del extranjero, que se llamaba Fernando, fué al campamento, con veinte caballeros; solicitó hablar con el Inca. Este le recibió en su trono, ceñida a su frente la diadema real.

Estaba rodeado de sus oficiales y de sus mujeres. Las palabras del extranjero eran

dulces como la miel. El Inca les dijo: “Decid a vuestro capitán que observe un ayuno que terminará mañana. Entonces le visitaré con mis principales jefes. Entretanto le permito ocupar los edificios públicos de la ciudad, pero ni uno solo más, hasta mi llegada; entonces ordenaré lo que convenga.”

Ahora bien: después de pronunciadas estas palabras, sucedió que un caballero español, para demostrar su gratitud al Inca, que hasta entonces no había visto un hombre a caballo, desplegó sus talentos de caballista. Pero como algunos de los presentes dieran muestras de terror, mientras el Inca permanecía impasible, el Inca les condenó a muerte, como era justo. Después de lo cual los embajadores bebieron la “chicha” en los vasos de oro que les presentaron las Virgenes del Sol. Y se volvieron a Cajamarca. Ahora bien: llenos de tristeza contaron a su jefe lo que habían visto: la magnificencia del campamento, la fuerza y el número de las tropas, su excelente disposición y su disciplina; la desesperación hizo presa en el corazón de los soldados del extranjero, sobre todo cuando llegó la noche y vieron las hogueras de los incas que iluminaban las laderas de los montes y brillaban en la obscuridad, tan numerosas como las estrellas del cielo.

El hombre rojo se recogió de nuevo; luego prosiguió:

—Pero el extranjero, a quien nada detenía en la senda del mal, revistó sus tropas, dirigiéndoles la palabra envenenada que debía reanimar su valor. Al día siguiente, por la tarde, el cortejo del Inca se puso en marcha. Por sobre la multitud veíase al rey, a quien llevaban en hombros los principales de la nación.

Tras él, hasta donde alcanzaba la vista, desplegábase su ejército por las vastas praderas (1). En toda la ciudad reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por el grito del centinela, que indicaba desde lo alto de la fortaleza los movimientos del ejército del Inca.

Primero entraron en la ciudad unos cuantos centenares de servidores, que mientras andaban entonaban cantos de triunfo que en los oídos del extranjero debían resonar como cantos del infierno. Luego aparecieron los guerreros, los guardias, los nobles de vestiduras recubiertas de plata, de cobre y de oro. Nuestro Atahualpa, el hijo del Sol, era conducido en una litera y estaba sentado, dominando a todos, en un trono de oro macizo. Ahora bien: el cortejo llegó hasta el centro de la plaza sin que los indios viesen un solo hombre blanco. Cuando Atahualpa, el hijo del Sol, entró en esta plaza con seis mil de los nuestros, preguntó: “¿En dónde están los extranjeros?” En aquel momento un fraile, a quien nadie había visto hasta entonces, se adelantó hacia

(1) Xerez. Cong. del Perú. (Xerez era secretario en la expedición de Pizarro).

el Inca, con una cruz en la mano. Acompañábale un indio intérprete que expuso al Inca los principios de la fe del extranjero y le pidió que abandonara su dios por el de los cristianos. Atahualpa respondió: ¡Vuestro Dios fué sacrificado por los hombres que había creado! *Pero el mío*—dijo señalando su divinidad, que en aquel mismo momento se ocultaba tras las montañas—, *mi Dios, vive aún en los cielos, desde los cuales contempla a sus hijos!*"

Al pronunciar estas palabras el orador del poncho rojo, todos los indios que rodeaban a Cristóbal y a sus compañeros, se volvieron hacia el sol que iba a desaparecer tras de los Andes, y lanzaron un extraño grito de alegría, un grito de esperanza y de adiós al astro del día, transmitido de generación en generación. Por una hendidura del muro veíase la inflamada púrpura del atardecer inca, y la escena tenía tal majestad que María Teresa y Raimundo no pudieron menos de estremecerse. Sí, no cabía duda; el dios Sol tenía aún sus fieles como en la trágica noche de la derrota de Atahualpa. No había más que ver a aquellos hombres, exaltados, trémulos, que al cabo de tantos siglos conservaban el mismo idioma, las mismas costumbres. La conquista no les había hecho cambiar. ¡Habían conservado la tradición! Y tal vez, después de todo, no fuese una leyenda aquello de que "en esa ciudad, cuya existencia no conocían ni sospechaban las otras razas, en una ciudad defendida por el baluarte inaccesible de los Andes y las nieves eternas, había sacerdotes que se ocupaban incesantemente en mantener vivo el fuego sagrado". Su historia, más duradera aún que sus monumentos, cuyas maravillosas ruinas causan, sin embargo, al viajero tanta admiración como las de las llanuras de Lucor y de Karnac, su historia inmortal, con todos sus detalles particulares pasaba de boca en boca a través de los tiempos. Y el milagro de la inmovilidad del relato sólo se había cumplido quizá porque aquel pueblo no conocía la escritura. Nada de escritura (estaba prohibida), nada de literatura entre los incas, nada de ficciones poéticas. Sólo la memoria fiel, auxiliada por los "quipos" (cuerdas con nudos que servían para contar y recordar), sólo la memoria fiel repetía las mismas palabras y "hacía comenzar nuevamente las mismas cosas a las mismas horas", desde tiempo inmemorial.

Los indios escucharon de rodillas la muerte de Atahualpa. Cosa singular; la mayor parte de ellos, al prosternarse, hacían la señal de la cruz. ¿Cuál era el origen de este signo? ¿Debía considerarse únicamente como una nueva prueba de aquella extraña mezcla que de los dos cultos, el antiguo y el nuevo, había hecho el pueblo indio perseguido en otro tiempo por la Inquisición? ¿Se remontaba a una época más lejana aún? Ciertos historiadores pretenden que los primeros conquistadores observaron que los

aztecas y los incas hacían la señal de la cruz, y de ello dedujeron que la civilización de los imperios podía haber sido originada o acelerada por la estupenda aventura de los naufragos cristianos, que iban en pos de lo Desconocido a través de la India, la China y los mares del Pacífico. ¡Cuántos problemas suscitados y jamás resueltos!

Indiferente al drama que en aquel momento se representaba en torno suyo, el ilustre Francisco Gaspar Ozoux, miembro del Instituto de Francia, sólo vivía para el pasado, pues su filosofía de pacotilla no veía la relación que existía entre la tragedia antigua y el gesto del Hombre del poncho rojo y los movimientos de aquella multitud que había arrastrado a los descendientes del Conquistador hasta aquella misma sala en que lloraban la muerte de Atahualpa...

Con su acento monótono, el sacerdote rojo recordaba las terribles fases de la espantosa catástrofe:

—Pizarro y sus soldados, apercebidos a la lucha, permanecían ocultos en las vastas salas de los palacios que rodeaban la plaza. Allí fué a buscarlos el fraile que había osado hablar a Atahualpa del verdadero Dios. "No veis—le dijo a Pizarro—que, en tanto que gastamos el tiempo en discutir con ese perro ciego de orgullo, el campo se llena de indios. ¡Atacadle! ¡Os doy la absolución!"

Habían llegado al desenlace del drama, a lo que el hombre rojo llamaba: "el crimen del extranjero". Para referirle se empujó sobre su banco y su ademán amenazador dominó la multitud, y hasta al mismo Cristóbal, caballero en su mula, y a sus compañeros.

Entonces supieron cómo, precipitándose a la plaza, Pizarro y sus compañeros lanzaron su antiguo grito de guerra: "Santiago y a ellos!" Todos los españoles que había en la ciudad respondieron con el mismo grito de guerra, y saliendo de las espaciosas cuadras en que estaban ocultos invadieron la plaza, e infantes y jinetes acometieron a los indios. Apoderóse de éstos el pánico. No sabían adónde huir para evitar la muerte que les amenazaba.

—Nobles y plebeyos fueron arrollados en las espantosas cargas de los jinetes que herían a diestro y siniestro, sin miramientos, en tanto que sus espadas, que centelleaban en la obscuridad, llenaban de espanto a los pobres indígenas que por vez primera veían a los jinetes en su aspecto más horrible. No opusieron resistencia ninguna; verdad es que no tenían armas. Todas las salidas estaban cerradas, pues la entrada de la plaza había quedado obstruida por los que habían perecido haciendo inútiles esfuerzos para huir, y era tal la angustia que experimentaban los supervivientes ante la terrible acometida de sus agresores, que un grupo numeroso de indios derribó, tras de convulsivos esfuerzos, un muro de piedra y de cemento que formaba parte de la muralla de

la plaza. Aquel muro cayó, dejando una brecha de más de cien pasos, por la que se precipitó al campo la multitud, siempre encarnizadamente perseguida por la caballería, que saltando por encima de los escombros se lanzó sobre los fugitivos, sembrando el campo de cadáveres (1).

En medio de esta confusión, la litera de Atahualpa y su trono de oro macizo se veían zarandeados terriblemente, en tanto que el rey presenciaba la matanza de los suyos. Los soldados españoles, merced a un esfuerzo supremo, consiguieron llegar hasta él y quisieron matarle. Pero Pizarro, que era el que más cerca de él se hallaba, gritó con estentórea voz: "El que tenga apego a la vida, que no toque al Inca"; y, al extender el brazo para protegerle, fué herido en la mano por uno de sus soldados.

La lucha se trabó entonces con más encarnizamiento que nunca en torno a la litera real. Esta vacilaba cada vez más y como al fin muriesen varios de los nobles que la llevaban a hombros, rodó por el suelo. Pizarro y sus hombres recibieron al Inca en sus brazos. La "borla" imperial fué arrancada inmediatamente de las sienes del monarca por un soldado llamado Estete, y Atahualpa, seguido de una numerosa escolta, fué conducido a la sala inmediata al lugar en que el sacerdote quichúa refería con su voz trémula, ora doliente, ora amenazadora, estos sucesos memorables y tristes.

En el mismo instante cesó toda resistencia. La noticia de la prisión del Inca corrió rápidamente por la ciudad y por toda la nación. El encanto que hubiese podido mantener unidos a los peruanos estaba roto. Nadie pensaba más que en su propia seguridad. Hasta los mismos soldados acampados en las llanuras inmediatas, cobraron miedo al conocer la fatal noticia y se dispersaron.

Aquella noche Pizarro hizo comer a Atahualpa a su mesa. El Inca mostraba un valor sorprendente y nada podía hacerle perder su impasibilidad.

Al día siguiente comenzó el saqueo. Já más los españoles habían podido soñar con tanto oro y con tanta plata. Y entonces fué cuando Atahualpa descubrió en sus vencedores, bajo las apariencias del celo religioso que tendía a convertirle, una pasión oculta más poderosa que la religión o la ambición: el amor al oro. Un día le dijo a Pizarro que si quería ponerle en libertad se comprometía a cubrir de oro el piso de la sala en que se hallaban.

Sus oyentes le escuchaban con una sonrisa de incredulidad; y como el Inca no recibía respuesta, dijo con énfasis: "que no solamente cubriría el suelo, sino que llenaría de oro aquella estancia hasta donde alcanzase con la mano"; y poniéndose de puntillas tocó con su mano la pared.

Todos los ojos expresaron sorpresa; porque aquellas palabras parecían el necio alarde de un hombre demasiado deseoso de recobrar la libertad para calcular el valor de sus frases. Pero Pizarro estaba verdaderamente preocupado. A medida que se internaba en el país, muchas cosas que había visto y otras que había oído, habían venido a confirmar los maravillosos relatos que acerca de las riquezas del Perú le habían hecho. El mismo Atahualpa le había descrito con los más brillantes colores la opulencia del Cuzco, la primera capital de los incas, en la que los techos de los templos estaban revestidos de oro, las paredes cubiertas de tapices y el suelo enlosado con losas del precioso metal. Todo aquello debía tener un fundamento. En todo caso era conveniente aceptar la proposición del Inca, pues de esta suerte podía reunir todo el oro de que éste disponía y evitar que los indígenas robaran o lo escondieran.

Aceptó, pues, el ofrecimiento de Atahualpa y, trazando en la pared una línea roja a la altura indicada por el Inca, mandó al notario que hiciese constar en un acta los términos exactos del convenio. La estancia tenía unos diez y siete pies de ancho por veintidos de largo y la línea estaba trazada en la pared a nueve pies del suelo (1).

Al llegar a esta parte de su salmodia que hemos resumido aquí en un relato necesario para hacer resurgir el pasado a los ojos de nuestros lectores, el sacerdote rojo se detuvo, se acercó a la pared y con el dedo señaló una línea roja bastante visible aún, diciendo: "¡Esa es la señal del rescate!". (2)

Aquella estancia debía, pues, llenarse de oro hasta la altura indicada por la línea, pero se convino en que el oro no debía estar fundido en lingotes sino conservar la forma de los objetos con él fabricados, para que el Inca tuviese en su favor el espacio que de esta suerte ocupaban. Atahualpa prometió además llenar de plata por dos veces una habitación inmediata de grandes dimensiones y pidió dos meses para cumplir su promesa. En breve marcharon a todas las provincias del imperio los emisarios del Inca, elegidos entre los prisioneros.

Como es natural, el Inca estaba muy vigilado, porque, al mismo tiempo que su cautividad garantizaba la seguridad de Pizarro, su persona representaba para él a la sazón una fortuna fabulosa. En su infortunio Atahualpa recibió la visita de los principales señores de la corte, que no se presentaban jamás delante de él sino descalzos y con un saco sobre los hombros, en señal de respeto.

(Se continuará.)

(1) Prescott, Pedro Pizarro, Xerez. Los indios, etcétera.

(1) Véase Prescott que se atiene, etc.

(2) Stevenson, etc.

CURIOSIDADES

EL FILÓSOFO INCUBADO

El primer niño que se crió en incubadora fué, según serias noticias, Fortunio Liceti, filósofo italiano, propagador de la filosofía aristotélica, polemista irritable, que nació prematuramente, hallándose sus padres de viaje, en la costa de Génova, el 31 de octubre de 1577. Su padre, que era médico, lo llevó a Rapallo, y para dejar terminada la obra de la naturaleza lo metió dicen unos que "en un horno", pero otros aseguran que en una caja, entre algodones. Un libro antiguo que se ocupa de estos asuntos, dice que el padre trató de formar al niño "valiéndose del mismo artificio que sirve para empollar los huevos en Egipto." Sea cual fuere el procedimiento empleado, hay que convenir en que era excelente, porque el niño vivió 79 años, y escribió gran cantidad de libros, en latín, por más señas.

No eran a propósito los tiempos en que vivía para el anuncio, pero ¡qué magnífico reclamo para una incubadora!

INICIALES Y SUS DERIVADOS

Sabido es que los franceses acostumbran a llamar por sus iniciales a ciertas instituciones o a determinadas formas sociales. Así se llamó R. P. a la *Représentation proportionale*, en política. Los P. T. T. son los empleados de *Postes-Télégraphe-Téléphone*. La C. G. T. es la *Confédération générale du*

travail. La U. V. F., la *Union velocipédique française*. La S. I. M., la *Société internationale de musique*. Pues bien, ya empiezan a usarse palabras enteras derivadas de estas iniciales, como la de *ufévistas*, que tienen la ventaja de sustituir a toda una serie de palabras, sin perder conceptos. *Uféviste* quiere decir "miembro de la Unión velocipédica francesa". Un escritor francés, a semejanza de esta palabra propone la creación de otras que quitarían hojarasca a la lengua de Racine. Por ejemplo, la palabra *insimible* querría decir "compositor cuyas obras nunca serán consideradas dignas de figurar en los programas de la Sociedad internacional de música". — ¡Qué gusto si ciertos oradores nuestros adoptasen un vocabulario por el estilo!

PAPEL DE SEGUNDA MANO

Un químico de los Estados Unidos anuncia que ha encontrado un método para que desaparezca del papel la tinta de imprenta y pueda ser utilizado tras nueva elaboración. Aprovecharíase así un 25 por 100 de la cantidad sometida a ese procedimiento.

Las cortezas de los árboles, las algas se emplean ya en algunos países, mezclándolo o no con pasta de madera, según la calidad que se desea.

Lo que dice un conspicuo arbitrista de café:— ¡Ya verán ustedes cómo se se llega a descubrir el papel artificial!

LIBROS

CIENCIA Y SUS APLICACIONES

F. W. OLIVER.—*The exploitation of plants: By various writers*. Londres, Dent, 2 s.

RONALD CAMPBELL MACFIE.—*The romance of the human body*. Wells Gardner, 5 s.

SOCIOLOGIA, DERECHO, POLITICA.

REV. E. A. WESLEY Y REV. J. R. DARBYSHIRE.—*Social problems and christian ideals*. Londres, Longmans, 3 s.

RENÉ WORMS.—*Philosophie des Sciences sociales. I. Objet des sciences sociales*. París, Giard, 4 fr.

HENRI CHARDON.—*L'organisation de la police*. París, Bossard, 2 fr.

MARTHE BORÉLY.—*Le Génie féminin français*. París, Boccard, 3 fr. 50.

DANIEL HALEVY.—*Le Président Wilson*. París, Payot, 4 fr.

The other war. Being Chapters by JOHN HILTON, P. H. KERR, ALEC LOVEDAY, HAROLD MESS, AND JOSEPH THORP on some causes of class Misunderstanding. Londres, Allen and Unwin, 1 s.

POLITICA

BARUCH HAGANI.—*Le Sionisme politique et son fondateur, Théodore Herzl*. París-Ginebra, Payot, 4 fr.

ALEXANDER DAVIS.—*A Microcosm of Empire (British East Africa) A political, racial and economical study*. Caxton, y Londres, Printing and Publishuig Co. Sin indic. de precio.

HISTORIA

HALKA DUCRAINE. — *La femme polonaise*. París, 3 fr. 50.

ETIENNE FOURNOL.—*De la succession d'Autriche*. París, Berger Levrault, 3 fr. 50.

EMEST DAUDET.—*Ferdinand 1^{er}. tsar de Bulgarie*. París, Attinger, 3 fr. 50.

ENSEÑANZA

M. CAULLERY.—*Les Universités et la vie scientifique aux Etats-Unis*. París, Colin, 3 fr. 50.